

"TU ERES MI AMADO"

La vida espiritual
en un mundo secular

Henri J. M. Nouwen

"TU ERES MI AMADO"

La vida espiritual
en un mundo secular

Henri J. M. Houwen

- 1.^a edición: noviembre 1994
2.^a edición: julio 1995
3.^a edición: enero 1996

Título original: *Life of the beloved. Spiritual living in a secular world*, 1992
Traducción: Emilio Ortega

Diseño de cubierta: Estudio SM. Pablo Núñez

- © The Crossroad Publishing Company
© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
C/ Enrique Jardiel Poncela, 4
28016 - Madrid

ISBN: 84-288-1180-6
Depósito legal: M-1.119-1996
Fotocomposición: Grafilia, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 - Madrid

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue escrito, y preparado para su publicación, con la ayuda de muchos amigos. En primer lugar, quiero agradecer a Connie Ellis su ayuda como secretaria. Y por todo lo que me animó a seguir escribiendo, a pesar de mis múltiples ocupaciones. Le dedico *Tú eres mi amado* en señal de profunda gratitud por su fiel amistad y apoyo incondicional. También estoy muy agradecido a Conrad Wieczorek por las muchas formas en que nos ofreció su colaboración editorial a Connie y a mí en la preparación final del manuscrito.

Quiero expresar también mi especial agradecimiento a Patricia Bell, a Diana Chambers, a Gordon Cosby, a Bart Gavigan, a Steve Jenkinson, a Sue Mosteller, a Dolly Reysman, a Susan Zimmerman, y a mi editor en Crossroad, Bob Heller, por sus palabras de ánimo, y sus sugerencias para llevar a feliz término esta obra.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a Peggy McDonnell, y a su familia y amigos, por su amistad y por su generoso apoyo financiero. Y a la comunidad franciscana de Friburgo, Alemania, que me brindó un sitio seguro, e impregnado de oración, para escribir.

PRÓLOGO

El inicio de una amistad

Este libro es fruto de una larga amistad, y creo que lo leeréis con mayor aprovechamiento, si empiezo contándoos la historia de esta amistad. Hace algo más de diez años, cuando era profesor en la Facultad de Teología de Yale, llegó a mi despacho un hombre para hacerme una entrevista, para la sección de Connecticut, de la edición dominical del *New York Times*. Se me presentó diciendo que se llamaba Fred Bratman. Cuando nos sentamos y empezamos a hablar, inmediatamente noté que se apoderaba de mí una mezcla de irritación y de fascinación. Irritación, porque estaba claro que aquel periodista no tenía apenas interés en el trabajo que estaba haciendo. Alguien le había sugerido que yo podría serle de interés para escribir en el periódico sobre una personalidad. Había seguido la sugerencia, pero estaba muy claro que no tenía ilusión alguna en conocerme o un interés especial en escribir sobre mí. Se trataba simplemente de un trabajo de periodista. Hacerlo o no parecían ser para él prácticamente lo mismo. Pero en aquel hombre se daba, al mismo tiempo, un algo que me fascinaba. Me di cuenta de que detrás de aquella máscara de indiferencia, había un espíritu lleno de vida, ilusionado por aprender y crear. Vi claramente que tenía frente

a mí a un hombre extraordinariamente dotado, y que buscaba ansiosamente dónde emplear esas dotes.

Al cabo de media hora de preguntas, de escaso interés para los dos, parecía claro que la entrevista había llegado a su término. Había materia suficiente para escribir un artículo, que, en el mejor de los casos, iba a tener unas resonancias mínimas. Los dos éramos conscientes de eso, y los dos estábamos convencidos de que podríamos haber aprovechado el tiempo haciendo otra cosa de mayor utilidad.

Cuando Fred se disponía a meter su cuaderno de notas en el maletín, diciendo el gracias de rigor, le miré a la cara y le pregunté: «Dígame, ¿le gusta su trabajo?» Para sorpresa mía, me respondió sin pensárselo demasiado: «No, realmente no, pero es un trabajo». De una manera un poco ingenua le comenté: «Pues si no le gusta, ¿por qué lo hace?» «Está claro que por dinero», me dijo, y luego, sin que mediara ninguna otra pregunta por mi parte, añadió: «Aunque lo que me gusta de veras es escribir. Hacer estas reseñas de personajes me frustra, porque me limita en extensión y en forma para poder hacer justicia a la persona a la que entrevisto. Por ejemplo, ¿cómo puedo decir algo con cierta profundidad sobre usted y sobre sus ideas si no tengo más que 750 palabras para expresarlo? Hay que ganarse la vida. Y tengo que estar agradecido porque, al menos, tengo este trabajo». Percibí con claridad en el tono de su voz un sentimiento de coraje y de resignación a la vez.

De repente me afectó la idea de que Fred estuviera a punto de abandonar sus sueños. Me miraba como un prisionero encerrado tras los barrotes de una sociedad que le obligaba a hacer un trabajo en el que no creía. Mientras le miraba, experimenté una profunda simpatía por él —me atrevería a decir más—, un profundo amor por aquel hombre. Bajo una apariencia de sarcasmo y de cinismo sentí que había en él un hermoso corazón

que quería dar, crear, vivir una vida fructífera. Su mente despierta, su franqueza al enfrentarse a su vida interior, y la sencilla confianza que había depositado en mí me hicieron sentir que nuestro encuentro no había sido casual. Lo que había sucedido entre nosotros era bastante parecido a lo que ocurrió cuando Jesús miró fijamente al joven rico y «sintió un gran amor por él» (Mc. 10, 21).

Espontáneamente, sentí un fuerte deseo de liberarlo de su cárcel y de ayudarle a descubrir cómo hacer que se cumplieran sus deseos más profundos.

—¿Qué es lo que realmente quiere? —le pregunté.

—Escribir una novela... Pero nunca podré hacerlo.

—¿Es eso lo que desea de verdad? —volví a preguntarle.

Me miró con la sorpresa reflejada en su cara y me dijo con una sonrisa:

—Sí, es eso..., pero estoy asustado, porque jamás he escrito una novela, y quizá no tenga condiciones para ser novelista.

—¿Cómo lo va a saber? —le pregunté.

—Probablemente nunca lo sabré. Se necesita tiempo, dinero y, sobre todo, talento, y yo carezco totalmente de él.

Entonces me sentí a disgusto con él, con la sociedad, y, hasta cierto punto, conmigo mismo, porque permitía que las cosas siguieran como estaban. Sentí una necesidad urgente de derribar esos muros de miedo, resignación, expectativas sociales, infravaloración de sí mismo, y le solté de buenas a primeras:

—¿Por qué no deja su trabajo y escribe su novela?

—No puedo —me dijo.

—Si realmente lo intenta, lo conseguirá —continué yo forzándole—. No puede convertirse en una víctima del tiempo ni del dinero.

En ese momento, me di cuenta de que me sentía implicado en una batalla que estaba decidido a ganar. Él notó la intensidad de mis sentimientos.

—Mire usted, yo soy un simple periodista, y creo que debo contentarme con eso.

—No, no debe —le dije—. Debe aspirar a llenar sus deseos más profundos y hacer lo que de verdad quiere hacer. Ni el tiempo ni el dinero son el problema fundamental.

—¿Y cuál es? —me preguntó.

—Usted mismo —le respondí—. No tiene nada que perder. Es joven, plétórico de energías, está bien preparado... ¿Por qué va a aguantar que el mundo le ahogue con sus esquemas? ¿Por qué convertirse en una víctima? Usted es libre para hacer lo que quiera, con tal de que lo quiera de verdad.

Me miró con creciente sorpresa, como preguntándose a sí mismo qué es lo que le había embarcado en una conversación tan extraña.

—Bueno —dijo—, tengo que irme... Quizá algún día escriba mi novela.

Le detuve, no dejándole irse así, tan fácilmente.

—Espere, Fred. Sé muy bien lo que le he dicho. Trate de alcanzar lo que más desea interiormente.

—Me parece bien —me dijo con un tono de sarcasmo en su voz.

No quise dejarle marchar. Me di cuenta de que estaban poniéndose a prueba mis propias convicciones. Creo que las personas pueden ser libres a la hora de elegir, y hacerlo de acuerdo con sus deseos. En vez de eso, se dedican a echar la culpa de su mala suerte, al mundo, a la sociedad, a los demás, y pierden la mayor parte de sus vidas lamentándose. Pero estaba convencido, después de nuestra breve conversación, que Fred era capaz de pasar por encima de sus propios miedos, y de asumir el riesgo de confiar en sí mismo. Pero también me daba cuenta de que era yo quien tenía que dar primero el primer paso, para que luego él fuera capaz de avanzar por el camino que le indicaba.

—Fred, deje el trabajo —le dije—. Venga aquí un año y escriba su novela. Sacaré el dinero de alguna parte.

Años después, muchos años después, Fred me confesó un día que, cuando yo le dije eso, se puso nervioso y empezó a preguntarse por mis motivaciones. «¿Qué es lo que realmente quiere de mí este hombre?», pensó. «¿Por qué me ofrece dinero y tiempo para escribir? Esto no me inspira confianza. Tiene que haber algo detrás de todo esto». Pero en vez de decírmelo, me planteó esta objeción:

—Soy judío, y éste es un seminario cristiano.

—Le matricularemos como invitado especial —le contesté eliminando su objeción—. Podrá hacer lo que quiera. A nuestra gente le gustará tener en casa a un novelista. Y, mientras tanto, tendrá usted la posibilidad de aprender algo, tanto sobre el cristianismo como sobre el judaísmo.

Pocos meses después, Fred vino a la Facultad de Teología de Yale y residió un año en ella intentando escribir su novela. Jamás fue escrita, pero nos hicimos grandes amigos, y hoy, muchos años después, estoy escribiendo este libro como fruto de esa amistad.

Durante los diez o más años que siguieron a nuestra convivencia en Yale, los dos, Fred y yo, hemos vivido unas vidas muy diferentes de lo que pensábamos cuando nos encontramos. Fred tuvo que pasar por un divorcio muy penoso; volvió a casarse; él y su esposa, Robin, están esperando su primer hijo. Ha tenido diferentes trabajos, que no le eran muy satisfactorios al principio, hasta que encontró una posición que le ofreció un amplio marco para su creatividad. Mi propio camino tampoco era predecible entonces. Dejé el mundo de la enseñanza, fui a Latinoamérica, volví de nuevo a la enseñanza, y, finalmente, recalé en una comunidad formada por personas disminuidas psíquicas y por sus cuidadores. Ha habido grandes luchas, sufrimientos y gozos en mi vida

y en la suya, y hemos podido comunicarnos todas esas experiencias en visitas que nos hemos hecho regularmente. A medida que fue pasando el tiempo, nos hicimos más amigos y nos convencimos más y más de la importancia de nuestra amistad para los dos, incluso aunque los negocios, la distancia y el estilo personal de nuestras vidas eran un obstáculo para que pudiéramos vernos tanto como hubiéramos querido.

Desde los comienzos de nuestra amistad fuimos plenamente conscientes de nuestras diferencias radicales en cuanto a educación religiosa. Al principio pareció que eso podría hacer difícil nuestro apoyo espiritual mutuo. Fred me respetaba como sacerdote católico, y mostraba un sincero interés por mi vida y por mi trabajo. Pero el cristianismo en general, y la Iglesia católica en particular, eran uno más de sus muchos objetos de interés. Interiormente, yo podía entender fácilmente el secularismo judío de Fred, a pesar de que notaba que había ganado mucho al acercarse más a su herencia espiritual. Recuerdo vivamente aquella ocasión en que le dije a Fred que le sería muy útil leer la Biblia hebrea.

—No me dice nada —protestó—. Trata de un mundo totalmente lejano.

—Bueno, lee al menos el libro del Eclesiastés —le dije—, el que empieza diciendo estas palabras: Vanidad de vanidades... Todo es vanidad.

—Lo he leído —me dijo Fred al día siguiente—. Nunca me había dado cuenta de que en la Biblia había sitio para un escéptico, un tipo parecido al mío. Es muy alentador.

Recuerdo que pensé en mi interior: «Hay en ti algo más que un escéptico».

Cuando fuimos creciendo en años y empezamos a estar menos preocupados por el éxito, la carrera, la fama, el dinero y el tiempo, los problemas del sentido de las cosas, la finalidad de las mismas, se fueron convirtiendo más en el centro de nuestra relación.

En medio de los múltiples cambios de nuestras vidas, los dos hemos llegado a conectar mucho más con nuestros deseos íntimos. Diferentes, como lo eran nuestras circunstancias personales, ambos nos hemos visto envueltos en las penas del rechazo y de la separación, y ambos hemos constatado más y más nuestro deseo de intimidad y amistad. Para evitar vernos ahogados en la amargura y en el resentimiento, hemos tenido que sacar fuerzas de nuestros recursos espirituales más profundos. Las diferencias se hicieron cada vez menos importantes, y las semejanzas más evidentes. A medida que nuestra amistad se hizo más profunda y fuerte, nuestro deseo de una base espiritual común se hizo más explícito.

Un día, paseando por la Avenida Columbus en la ciudad de Nueva York, Fred se volvió hacia mí y me dijo: «¿Por qué no escribes algo sobre la vida espiritual para mí y para mis amigos?» Fred estaba muy familiarizado con la mayor parte de lo que yo había escrito. Me había dado, en bastantes ocasiones, unas orientaciones muy interesantes sobre la forma y el estilo, pero pocas veces se había sentido conectado con el fondo de mis escritos. Como judío, viviendo en el mundo secular de Nueva York, no podía encontrar mucho alivio y ayuda en palabras que eran tan explícitamente cristianas y tan claramente basadas en una larga vida dentro de la Iglesia. «Es un buen material», me decía a menudo, «pero no para mí». Sentía un fuerte convencimiento de que su propia experiencia y la de sus amigos necesitaba otro tono, otro lenguaje, diferente longitud de onda.

A medida que fui conociendo a los amigos de Fred, y conecté con sus intereses y preocupaciones, comprendí mejor sus indicaciones sobre la necesidad de una espiritualidad que hable a los hombres y mujeres que viven en medio de la sociedad secular. Muchos de mis pensamientos y escritos suponían un estar familiarizado con conceptos e imágenes que han alimentado la vida

espiritual de cristianos y judíos durante siglos. Pero para muchos estos conceptos e imágenes han perdido su poder de orientación espiritual.

Se me quedó muy dentro la sugerencia de Fred de que dijera algo que su espíritu y el de sus amigos «pudiera oír». Me pedía que respondiera al hambre y a la sed espiritual que existe en innumerables personas que caminan por las calles de nuestras grandes ciudades. Me hacía una llamada para que dijera una palabra de esperanza a personas que ya no van a las iglesias o a las sinagogas, y para las que sacerdotes y rabinos habían dejado de ser los consejeros normales.

«Dices cosas interesantes», continuó hablándome Fred, «pero se las dices a las personas que menos necesitan oír las. ¿Qué pasa con nosotros, jóvenes, ambiciosos, hombres y mujeres del mundo de hoy, que nos preguntamos qué es la vida al fin de cuentas? ¿Puedes hablarnos con la misma convicción con la que hablas a los que comparten tu tradición, tu lenguaje y tu visión de las cosas?».

Fred no era el único en plantearme esta pregunta. Lo que él había expresado tan claramente me estaba llegando también desde puntos muy diferentes. Lo oía en boca de personas de mi comunidad que no tenían una educación religiosa, y para quienes la Biblia era un libro extraño, que los confundía. Lo escuchaba de labios de miembros de mi propia familia que hacía mucho tiempo que habían abandonado la Iglesia y que no deseaban volver a ella jamás. Lo escuchaba de labios de abogados, médicos, y hombres de negocios cuyas vidas profesionales les habían robado toda su energía, y para quienes los sábados y los domingos eran un simple respiro para recuperar energías con las que saltar de nuevo al ruedo el lunes por la mañana. Lo oía también de labios de hombres y mujeres que empezaban a sentir las muchas peticiones de ayuda de una sociedad que recla-

maba su atención, pero que al mismo tiempo tenían que no se les ofreciera algo auténticamente de acuerdo con su vida real.

La petición de Fred se convirtió en algo más que una sugerencia apasionante, que me llegaba de un joven intelectual de Nueva York. Era una súplica que notaba yo surgir de todas partes, siempre que estaba preparado para escucharla. «Háblanos de nuestros anhelos más profundos, de nuestros deseos, nuestra esperanza; no nos hables de medios de supervivencia, sino sobre la verdad; tampoco de nuevos métodos de satisfacer nuestras necesidades emocionales, sino sobre el amor. Darnos una visión más amplia que la de nuestras perspectivas continuamente cambiantes. Queremos oír una voz más profunda que el griterío de nuestros *mass media*. Sí, háblanos de algo o de alguien más grande que nosotros. Háblanos de... Dios».

«¿Quién soy yo para hablar sobre eso?», le respondí. «Mi propia vida es demasiado irrelevante para eso. Me falta experiencia, conocimiento o lenguaje para lo que me estás pidiendo. Tus amigos y tú estáis viviendo en un mundo totalmente diferente del mío».

Pero Fred me presionó. «Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo. Si no lo haces tú, ¿quién? Visítame más a menudo; habla a mis amigos; presta más atención a lo que ves y oyes; y escucharás el lamento que se escapa de las profundidades del corazón del hombre que no ha sido escuchado porque nadie le ha prestado oídos».

Las palabras de Fred me hicieron pensar en su apartamento en la calle 75: un sitio acogedor, rodeado por un mundo lleno de violencia. Cuando Fred me llevó a él la primera vez, hace muchos años, me llamó la atención la desnudez del vestíbulo de entrada al edificio. «Todo ha sido robado», me dijo. «Las arañas, el mármol de las paredes, todo lo que tenía algún valor ha sido arrancado y robado, a menudo en pleno día». Mientras el ascensor

nos subía al piso once, noté un silencio extraño entre las personas que estaban casi pegadas las unas a las otras. Qué cercanos y a la vez qué distantes. Fred necesitó dos llaves para abrir la puerta de su apartamento, y tuvo que cerrar fuertemente las ventanas dobles, protegidas por barras de hierro, para impedir que el ruido de la avenida Columbus invadiera todos los rincones de su refugio. Sí, una casa agradable, pero cuando al fin entramos en ella, estaba dicha toda la historia sobre la violencia y la opresión, el miedo y la sospecha, la angustia y la agonía. Allí aprendí lo que era la vida diaria de Fred: dejar su apartamento muy de mañana y perderse entre la multitud camino de su trabajo; leer el periódico en el metro y trabajar en la sección informativa sobre finanzas en su reducido despacho; almorzar a mediodía con un compañero en un restaurante ruidoso, y pasar toda la tarde enviando o recibiendo faxes, o respondiendo o llamando por teléfono innumerables veces para luego perderse de nuevo entre la multitud, en busca otra vez de su agradable refugio.

¿Qué es lo que realmente podía yo decir a una persona que vivía en un sitio así y con semejante ritmo? ¿Qué es lo que podía decir yo a un mundo alocado de taxis en perpetuo movimiento, de lugares de diversiones de sesión continua, de despachos en unas torres forradas de cristal, en las que los negocios funcionan día y noche? ¿Y, sobre todo, incapaz, después de muchos años de estudio, de oración y de encuentros para decir palabras de esperanza, precisamente a un mundo como ése?

«Pero, ¿cómo, cómo?», le dije a Fred, mientras se libraba en mi interior una dura lucha entre mi resistencia a hacerlo y la convicción de la urgencia que exigía la tarea. Su respuesta fue: «Háblanos desde ese lugar de tu corazón en el que eres más tú mismo. Habla directamente, con sencillez, con amor, con delicadeza, y sin

buscar paliativos a las situaciones reales. Dinos lo que ves y lo que quieres que veamos; dinos lo que oyes y lo que quieres que oigamos nosotros. Confía en tu propio corazón. Te llegarán las palabras. No tienes nada que temer. Los que más te necesitan serán los que más te ayudarán. Cuenta conmigo».

Y ahora, cuando empiezo a escribir, siento que sólo puedo hacerlo cuando estoy muy cerca de Fred y de sus amigos. Me dicen que sea lo que debo ser, pero al mismo tiempo me aseguran su amor.

He decidido ser muy directo en mi lenguaje, como lo sería en una carta personal. Teniendo a Fred y a sus amigos en el centro de mi atención, es como mejor puedo expresar lo que hay en mi corazón. No puedo tratar sobre los problemas candentes de nuestro tiempo y nuestra sociedad, pero soy capaz de hablar a un amigo querido al que he llegado a conocer y amar como a un compañero de viaje en busca de la vida, de la luz y de la verdad. Tengo la esperanza de que siendo tan personal y directo, muchos querrán escuchar e incluso juntárenos en esta búsqueda espiritual.

«TÚ ERES MI AMADO»

Desde que me pediste que escribiera algo para ti y tus amigos sobre la vida espiritual, me he preguntado si podría expresar lo que quería con una palabra clave, una palabra de la que siempre os acordarais, una vez terminada la lectura. A lo largo del año pasado, esta palabra única ha ido aflorando gradualmente desde las profundidades de mi corazón. Es la palabra «amado». Y estoy convencido de que esa clarificación es una gracia que se me ha dado en atención a ti y a tus amigos. La primera vez que comprendí el significado de la palabra «ser cristiano» fue leyendo el pasaje evangélico sobre el bautismo de Jesús de Nazaret. «En cuanto Jesús salió del agua, los cielos se abrieron, y el Espíritu, en forma de paloma, descendió sobre él. Y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi hijo, el amado, en el que he puesto todas mis complacencias». He leído estas palabras durante años, las he comentado en sermones y clases. Pero solamente después de nuestras conversaciones en Nueva York es cuando han adquirido un significado mucho más allá de los límites de mi propia tradición. Nuestras múltiples conversaciones me llevaron a la convicción interior de que las palabras «Tú eres mi amado» revelaban la verdad más íntima al ser humano, sin distinción de pertenencia a una determinada tradición.

Fred, todo lo que quiero decirte es que «eres el ama-

do», y todo lo que espero de ti es que puedas oír estas palabras como dichas para ti con toda la ternura y la fuerza que el amor puede poner en ellas. Mi único deseo es que estas palabras «Tú eres el amado» resuenen en el último rincón de tu ser.

El mayor regalo que puede darte mi amistad es el don de tu condición de ser amado. Y puedo dártelo sólo en la medida en que lo quiera para mí. ¿No es acaso la amistad esto mismo, darse uno a otro el don de ser amado?

Hay una voz, la voz que habla desde arriba y en nuestro interior, y que dice como en un murmullo, o de forma arrebatada: «Tú eres mi amado, en ti me complazco». No es fácil escucharla en un mundo lleno de voces que gritan: «No eres atractivo. Todo lo contrario, eres un ser repulsivo; no vales para nada; eres un ser despreciable, una nada mientras no seas capaz de demostrar lo contrario».

Estas voces negativas son tan fuertes y constantes que es fácil darles crédito. Es la trampa de la autoinfravaloración. Al cabo de muchos años, he podido constatar que la trampa más peligrosa en nuestra vida no es el éxito, la popularidad o el poder, sino el autodesprecio. Es cierto que el éxito, la popularidad y el poder pueden convertirse en fuente de grandes tentaciones. Pero sus cualidades seductoras proceden mayormente de una tentación más importante, que es la del autodesprecio. Cuando hemos llegado a creer en las voces que nos dicen que somos despreciables, indignos de ser amados, a continuación, el éxito, la popularidad y el poder son percibidos fácilmente como soluciones atractivas. La verdadera trampa es la del autodesprecio. Me sorprende constantemente al comprobar con qué facilidad caigo en esa tentación. En cuanto alguien me acusa o me critica, en cuanto soy rechazado, me sorprende a mí mismo pensando: «Está claro. Esto prueba una vez más que soy

un don nadie». En vez de enfrentarme con sentido crítico a las circunstancias, o intentar comprender mis propias limitaciones y las de los demás, tiendo a culpabilizarme, no de lo que he hecho, sino de lo que soy. La cara sombría de mi ser me dice: «No soy bueno. Merezco que me den de lado, que me olviden, que me rechacen y me abandonen».

Quizá pienses que estás más tentado por la arrogancia que por el autodesprecio. Pero ¿es que, en el fondo, el autodesprecio no es una forma de arrogancia? ¿No es signo de arrogancia subirse a un pedestal para impedir ser visto como tú te ves a ti mismo? ¿No es una forma de arrogancia, en último término, la de caminar con nuestros sentimientos de nulidad a la espalda? Ambas formas, la de la arrogancia y la del sentimiento de nulidad, nos ponen fuera de la realidad común de la existencia, y nos hacen muy difícil, si no imposible, formar una comunidad de personas agradables. Soy consciente de que, bajo mi arrogancia, encubro una duda radical sobre mí mismo, lo mismo que hay mucho orgullo bajo mi autodesprecio. Inflado o desinflado, no llego a profundizar en mi ser verdadero y distorsiono la visión de la realidad.

Espero que puedas, de alguna manera, identificar en ti mismo esta tentación de autodesprecio, ya se manifieste en forma de arrogancia o de autoinfravaloración. Con cierta frecuencia, el autodesprecio está considerado simplemente como una manifestación neurótica de inseguridad personal. Pero la neurosis es a menudo la manifestación psíquica de una realidad humana sombría y más profunda: la de no sentirse realmente bienvenido a la existencia como persona. El autodesprecio es el enemigo mayor de la vida espiritual porque está en contradicción con la voz sagrada que nos llama «el amado». Ser amado expresa la verdad más profunda de nuestra existencia.

Hablo de todo esto de una forma tan directa y sencilla porque, aunque mi experiencia de ser amado nunca ha estado ausente por completo de mi vida, tampoco nunca ha llegado a ser en mí la verdad fundamental. Doy vueltas alrededor de ella, haciendo círculos con un radio más o menos amplio, y siempre a la búsqueda de algo o de alguien que me convenza de mi condición de amado. Es como si tratara de no oír la voz que me habla desde lo más profundo de mi ser, diciéndome: «Tú eres mi amado, en ti me complazco». Esta voz ha estado siempre presente, pero parece que me era mucho más urgente oír otras voces más fuertes que me decían: «Demuestra que eres algo que vale la pena; haz algo importante, espectacular, poderoso, y luego te ganarás el amor que deseas». Mientras tanto, la voz suave, amorosa, la que habla en el silencio y en la soledad de mi corazón, no era escuchada, o, al menos, no tenía capacidad de convicción.

Esta voz suave que me llama «mi amado» me ha llegado por infinitos caminos. Mis padres, amigos, maestros, estudiantes y personas ajenas a mí, que se han cruzado en mi camino, todas estaban en la misma onda de voz en tonos diferentes. Muchas personas me han cuidado con ternura y amor. Se me ha enseñado y educado con mucha paciencia y perseverancia. Se me ha animado a seguir adelante cuando estaba a punto de echarlo todo a rodar y se me ha insistido con amor a que lo intentara de nuevo cuando he fallado. Se me ha premiado y alabado por mi éxito... Pero de alguna manera, todos esos signos de amor no fueron suficientes para convencerme de que era amado. Bajo una aparentemente fuerte autoconfianza siempre alentaba una pregunta: si todos los que se preocupan tanto por mí pudieran verme en mi ser más íntimo, ¿seguirían amándome? Esta pregunta agónica, enraizada en el lado sombrío de mi ser, seguía persiguiéndome y me hacía

alejarme del verdadero lugar en el que puede oírse esa voz casi susurrante que me llama «mi amado».

Seguro que entiendes muy bien todo lo que te estoy diciendo. ¿No estás esperando, lo mismo que yo, que alguna persona, alguna cosa, algún hecho se te haga presente para regalarte ese sentimiento, que está al final del camino, del bienestar interior que deseas? «Ojalá que este libro, esta idea, este curso, este viaje, este trabajo, este país o esta amistad satisfagan mi deseo más profundo». Pero mientras esperas ese momento misterioso, vas de la ceca a la meca, absolutamente descontrolado, en un perpetuo estado de ansiedad, sin encontrar descanso, lleno de deseos inconfesables, irritado, nunca totalmente satisfecho. Sabes muy bien que un estado compulsivo favorece nuestra actividad, pero al mismo tiempo, nos mantiene en el perpetuo interrogante de si el largo camino que estamos haciendo nos lleva a alguna parte. Éste es el camino que nos lleva al agotamiento espiritual, a sentirnos interiormente destrozados. Es el camino hacia la meta de la muerte espiritual.

Tú y yo no tenemos por qué destruirnos a nosotros mismos. Somos amados. Hemos sido amados íntimamente mucho antes de que nuestros padres, profesores, esposos, hijos y amigos nos hayan amado o herido. Es la auténtica verdad de nuestras vidas. Es la verdad que yo quiero que busques para ti. Es la verdad dicha por la voz que proclama: «Eres mi amado».

Escuchando la voz con la mayor atención interior, oigo en lo más íntimo de mí mismo palabras que me dicen: «Desde el principio te he llamado por tu nombre. Eres mío y yo soy tuyo. Eres mi amado y en ti me complazco. Te he formado en las entrañas de la tierra y entretreído en el vientre de tu madre. Te he llevado en las palmas de mis manos, y amparado en la sombra de mi abrazo. Te he mirado con infinita ternura y cuidado más íntimamente que una madre lo hace con su hijo. He con-

tado todos los cabellos de tu cabeza, y te he guiado en todos tus pasos. Adonde quiera que vayas, yo estoy contigo, y vigilo siempre tu descanso. Te daré un alimento que sacie totalmente tu hambre, y una bebida que apague tu sed. Nunca te ocultaré mi rostro. Me conoces como propiedad tuya, y te conozco como propiedad mía. Me perteneces. Yo soy tu padre, tu madre, tu hermano, tu hermana, tu amante y tu esposo. Hasta tu hijo. Seré todo lo que seas tú. Nada nos separará. Somos uno». Siempre que oigas con gran atención la voz que te llama «el amado», descubrirás dentro de ti el deseo de escucharla intensamente y para siempre. Es como hallar un pozo en el desierto. En cuanto descubras humedad en la tierra, seguirás cavando más profundamente.

He cavado mucho últimamente y sé que empiezo a ver que de la arena seca comienza a brotar el agua. Tengo que seguir cavando porque ese riachuelo procede de un enorme acuífero situado bajo la superficie del desierto de mi vida. Quizá la palabra cavar no sea la más adecuada. Sugiere un trabajo duro y penoso, que me va a ayudar a llegar al lugar donde podré saciar mi sed. Quizá todo lo que tengamos que hacer sea, simplemente, remover la arena que cubre la boca del pozo. Quizá haya un montón de arena seca en nuestras vidas, pero el que quiere apagar nuestra sed nos ayudará a quitar de en medio esa arena. Todo lo que necesitamos es un gran deseo de encontrar el agua y beberla.

Tú has vivido unos pocos años menos que yo. Quizá quieras dedicar más tiempo a observar lo que te rodea y a ampliar tu campo de visión para convencerte de que la vida espiritual es algo que merece toda tu energía. Pero siento una cierta impaciencia respecto a ti, porque no quiero que pierdas demasiado tiempo. Me quedan unos cuantos años más de los que he vivido. Espero que para ti sea todo lo contrario. Por eso, quiero asegurarte ya, ahora, que no debes dejarte arrastrar por el deseo

de búsquedas que, en definitiva, no harán más que llevarte a la confusión. No debes convertirte en víctima de un mundo manipulador, ni tampoco dejarte atrapar por ningún tipo de adicción. Puedes escoger ya ahora la verdadera libertad interior, y encontrarla cada vez en mayor plenitud.

Si estás interesado en empezar el camino de sentirte amado, tengo muchas más cosas que decirte. Porque el viaje de la vida espiritual exige, no solamente decisión, sino también un cierto conocimiento del terreno que se va a cruzar. No quiero que vagabundees en el desierto durante cuarenta años, como hicieron nuestros antepasados en la fe. Ni tampoco quiero que permanezcas en él tanto tiempo como yo. Eres un amigo al que quiero especialmente. Aunque es cierto que cada persona debe aprender por sí misma, creo también firmemente que podemos prevenir a los que amamos para que no cometan los mismos errores que nosotros. Necesitamos guías de nuestra vida espiritual. En las páginas que siguen, y que he escrito para ti, quiero ser tu guía. Espero que sigas interesado en continuar caminando.

CÓMO CONVERTIRSE EN EL AMADO

Convencernos de esta verdad

Querido amigo, ser el amado es el origen y la plenitud de la vida del Espíritu. Digo esto porque, en cuanto vemos un pequeño destello de esta verdad, nos ponemos en camino, a la búsqueda de la plenitud de esa verdad, y no nos detenemos hasta encontrarla y reposar en ella. Desde el momento en que intentamos encontrar la verdad de ser el amado, nos enfrentamos a la llamada de convertirnos en lo que realmente somos. Convertirnos en amados es el gran viaje espiritual que tenemos que hacer. Las palabras de san Agustín: «Dios mío, mi alma está turbada hasta que descansa en ti», expresan perfectamente el significado de este viaje. Sé que el hecho de buscar constantemente a Dios, de luchar sin cesar para descubrir la plenitud del amor, de ansiar siempre la posesión de la verdad completa, es un indicio de que ya se me ha permitido un cierto gusto de Dios, del amor y de la verdad. Sólo tengo que seguir buscando algo que ya, hasta cierto punto, he encontrado. ¿Cómo puedo buscar la belleza y la verdad sin tener algún conocimiento de ellas en el fondo de mi corazón? Parece que todos los seres humanos guardamos muy profundamente en nosotros la memoria del paraíso perdido. Quizá la palabra inocencia sea más adecuada que la palabra pa-

raíso. Éramos inocentes hasta que empezamos a sentirnos culpables; estábamos en plena luz, antes de entrar en el mundo de las tinieblas; estábamos en nuestro hogar, antes de empezar a buscarlo. En los profundos repliegues de nuestras mentes y de nuestros corazones está escondido el tesoro que buscamos. Sabemos algo de su maravilla, y conocemos que es una simple premonición del don que deseamos por encima de todo: una vida más fuerte que la muerte.

Es cierto que somos los amados, pero tenemos que convertirnos interiormente en amados. Es cierto que somos hijos de Dios, pero tenemos que llegar a serlo interiormente. Es cierto que somos hermanos y hermanas, pero tenemos que llegar a serlo interiormente. Si todo esto es cierto, ¿qué asidero podemos hallar que nos ayude en este proceso? Si la vida espiritual no es simplemente el camino de ser, sino el camino de llegar a ser, ¿cuál es la naturaleza de este llegar a ser?

Dado tu pragmatismo, me preguntarás cómo avanzar desde la primera a la segunda inocencia, desde la primera a la segunda infancia, de ser amado, a tener conciencia de serlo. Es una pregunta tan importante que nos lleva a abandonar todo romanticismo o idealismo y a descender a la pura concreción de nuestras vidas diarias. Convertirse en el amado significa hacer realidad que nuestra condición de amados se concreta en todo lo que pensamos, decimos o hacemos. Esto inicia un largo y penoso proceso de apropiación, o para expresarlo mejor, de encarnación. Si el ser amado es sólo poco más que un hermoso pensamiento o una idea que planea sobre mi vida para ayudarme a no caer en la depresión, no se da ningún cambio radical. Lo que se requiere es llegar a sentirse amado en las situaciones comunes de mi diaria existencia y, poco a poco, llenar el vacío que se produce entre lo que sé que debo ser y las incontables y específicas realidades de mi vida. Convertirse en

el amado es hacer descender la verdad que se me ha revelado a la realidad ordinaria de lo que soy de hecho, a lo que pienso, hablo y hago hora tras hora.

Cuando pienso en tu vida, en la de Robin, en la de vuestros amigos, soy consciente de las presiones que sufrís. Robin y tú vivís en un pequeño apartamento en el centro de Nueva York; tenéis que trabajar para pagar el alquiler y alimentaros; tenéis que hacer miles de cosas: llamar por teléfono, escribir cartas, comprar, cocinar, manteneros en contacto con vuestra familia y amigos, y estar bien informados de lo que pasa en vuestra ciudad, en vuestro país, en el mundo. Todo esto parece una carga agobiante, imposible para una persona, y, normalmente, estas cosas sencillas de la vida diaria son las que alimentan nuestras conversaciones. La pregunta: ¿qué haces?, normalmente nos lleva a historias muy a ras de tierra sobre el matrimonio, la familia, la salud, el trabajo, el dinero, los amigos y los planes para un futuro inmediato. Con muy poca frecuencia nos lleva a preguntarnos sobre el origen y la meta de nuestra existencia. Pero estoy absolutamente convencido de que esa meta y ese origen tienen muchísimo que ver con nuestra forma de pensar, hablar y actuar en nuestra vida diaria. Cuando nuestra verdad más profunda es que somos los amados, y cuando nuestro mayor gozo y nuestra paz provienen de aspirar a hacer plenamente nuestra esa verdad, está claro que eso llegará a tener un eco palpable en nuestra manera de comer, beber, hablar, amar, divertirnos y trabajar. Cuando las corrientes más profundas de nuestra vida no influyen nada en las olas de la superficie, nuestra vitalidad decae, y termina por languidecer y zozobrar en el aburrimiento, aún cuando estemos ocupados.

Por eso me he propuesto ahora hablarte de ese proceso de llegar a ser el amado y de cómo puede ser concretado con precisión en nuestra vida diaria. Lo que voy a intentar describir son las mociones del Espíritu, cómo

se producen en nosotros y a nuestro alrededor. Como bien sabes, vivimos en una época dominada por el cientifismo del mundo de la psicología. Sabemos mucho sobre emociones, pasiones y sentimientos. Nos hemos hecho conscientes de las muchas conexiones que existen entre nuestras experiencias primeras y nuestras conductas actuales. Nos hemos sofisticado bastante a la hora de enfocar nuestro desarrollo psicosexual, y podemos identificar con bastante facilidad los momentos en los que nos sentimos víctimas, y los de libertad real. Sabemos lo que significa encerrarnos a la defensiva, proyectar nuestras propias necesidades y miedos en los demás, que nuestras dudas puedan interferir en el camino de nuestra creatividad. Me pregunto si en nuestro camino espiritual se da la misma claridad que en nuestro camino psicológico. ¿Podemos ser tan conscientes del misterioso proceso de llegar a ser los amados como lo somos a la hora de conocer la dinámica de nuestra psique?

Puedes preguntarte si la psicodinámica es realmente tan diferente a la de las mociones del Espíritu. Pienso que sí, aunque se conectan e interfieren de muchas maneras. Quiero describir cómo las mociones del Espíritu del amor se manifiestan en nuestra vida diaria, y cómo podemos seguir unos métodos para identificar estas mociones y responder a ellas. Para identificar las mociones del Espíritu en nuestras vidas, me he servido de cuatro palabras que me han parecido muy útiles: cogido, bendecido, roto y entregado.

Estas palabras resumen mi vida como sacerdote, porque cada vez que me reúno a la mesa con los miembros de mi comunidad, cojo el pan, lo bendigo, lo parto y lo doy. Estas palabras resumen también mi vida como cristiano, porque como tal, estoy llamado a convertirme en pan del mundo: un pan que es cogido, bendecido, roto y entregado. Pero hay algo más importante todavía: resumen mi vida como persona, porque en todos los mo-

mentos de mi vida, en cualquier sitio en que esté, de alguna manera se repiten en mí el ser cogido, bendecido, roto y entregado.

Debo decir que estas cuatro palabras se han convertido en las más importantes de mi vida. Sólo gradualmente, su significado se me hacía conocido, y creo que jamás llegaré a conocerlas en toda su profundidad. Son las palabras más personales, al mismo tiempo que las más universales. Expresan la verdad más espiritual y la más secular. Nos hablan de la conducta más divina y más humana. Abarcan lo más sublime y lo más bajo, a Dios y a las personas. Expresan muy sucintamente la complejidad de la vida, y abarcan su misterio insondable. Son la clave para entender, no sólo las vidas de los grandes profetas de Israel y la vida de Jesús de Nazaret, sino también nuestras vidas. Las he escogido no sólo porque están profundamente grabadas en mi ser, sino también porque a través de ellas he llegado a conectar con los caminos que pueden llevarme a convertirme en el amado de Dios.

COGIDOS

Para llegar a ser los amados debemos, primero, afirmar, estar seguros de que hemos sido cogidos. Esto, en principio, puede sonar muy extraño. Pero ser cogido es esencial para convertirse en el amado. Como ya he dicho anteriormente, podemos desear llegar a ser los amados únicamente cuando conocemos que lo somos. Por eso, el primer paso en la vida espiritual es reconocer con todo nuestro ser que ya hemos sido cogidos.

Quizá nos sirva mejor, para expresar lo que queremos, la palabra «elegido» que la palabra «cogido». Ésta puede parecernos fría, un poco anodina. En cambio, vemos que la palabra elegido tiene más calor, es más suave y su significado es el mismo. Como hijos de Dios, somos sus elegidos.

Espero que la palabra elegidos te diga algo. Para ti tiene que tener unas connotaciones especiales. Como judío, conoces las consecuencias positivas y negativas de ser considerado uno de los miembros del pueblo elegido de Dios. A menudo me has hablado de la rica herencia de tu familia, de la fe profunda de tus abuelos, y de las muchas tradiciones que unían a tus padres con la historia sagrada de tu pueblo. Pero también me has hablado sobre los crueles pogromos en tu país de origen, y

del largo y penoso viaje que traje a tus padres a América. Aunque tú no has sufrido directamente la persecución, eres perfectamente consciente de hasta qué punto ella forma parte de tu historia, y qué terriblemente cerca está de la superficie de tu vida. Me has demostrado que este antisemitismo rebrota constantemente a nuestro alrededor de mil formas. Acontecimientos recientes, tanto en Europa como en Estados Unidos, no hacen más que confirmar tu convicción de que culpabilizar a los judíos no es algo exclusivamente del pasado. No me extrañaría que una parte de ti protestara contra la idea de ser elegido. Lo compruebo en mi propia vida. Como sacerdote, he sido tratado, a menudo, como una persona de otra condición, elegida para ser diferente. Con frecuencia he intentado demostrar que soy yo, sólo eso, una forma de explicar las letras J.M. de mi nombre. Y que no quería que se me colocara en un pedestal, ni que se me tratara como a una persona especial. He sentido, como claramente te pasa a ti, que cuando te tratan como elegido, estás expuesto a ser tan perseguido como admirado.

Pero sigo creyendo profundamente que, para vivir nuestra vida espiritual, debemos afirmar nuestra condición de cogidos o elegidos.

Voy a explicar con más amplitud este punto. Cuando sé que he sido elegido, soy consciente de que se me ha visto como a una persona especial. Alguien se ha fijado en mí en mi calidad de persona única, y ha expresado el deseo de conocerme, de amarme. Cuando te escribo esto de que, como amados, somos los elegidos de Dios, quiero decir que hemos sido vistos por Dios desde toda la eternidad, y vistos como únicos, especiales, unos seres valiosísimos. Me es muy difícil expresar la profundidad del significado que la palabra «elegido» tiene para mí, pero espero que me escuches desde tu interior. Desde toda la eternidad, antes de haber nacido y de haberte convertido en parte de la historia, existías en el corazón

de Dios. Mucho antes de que tus padres te admiraran, y de que tus amigos reconocieran tus dones, o tus maestros, o tus compañeros de trabajo y empleados te animaran, ya eras un elegido. Los ojos del amor te habían visto como muy valioso, de una belleza infinita, de un valor eterno. Cuando el amor elige, lo hace con un perfecto conocimiento de la bondad única del elegido, y lo hace, consiguiendo al mismo tiempo que nadie se sienta excluido.

Nos enfrentamos aquí a un gran misterio de orden espiritual: ser el elegido no significa que los otros sean rechazados. Es muy difícil pensar así en un mundo tan competitivo como el nuestro. Todos mis recuerdos de ser elegido están unidos a recuerdos de otras personas que no lo fueron. Cuando no se me eligió para el equipo de fútbol, ni para ser el jefe de la patrulla de scouts, o cuando se me eligió como delegado de la clase que se ordenó conmigo, o se me honró con premios especiales, las sonrisas vinieron siempre acompañadas de lágrimas. Siempre se vivió un estado de competición y comparación. Cuántas veces necesité escuchar palabras como éstas: «El hecho de que no se te haya elegido no significa que no seas bueno, sino que alguien ha sido algo mejor». Pero a menudo estas palabras eran de muy poco consuelo, porque no hacían desaparecer el sentimiento de haber sido rechazado. Y cuando yo era elegido como el mejor, me daba también cuenta de hasta qué punto los demás se sentían decepcionados por no estar en mi lugar. Entonces era yo el que necesitaba escuchar estas otras palabras: «El hecho de que hayas sido elegido no significa que los demás no sean buenos, sino que tú has sido algo mejor». Pero, de nuevo, estas palabras no eran de gran ayuda, porque me veía incapaz de conseguir que los demás se sintieran tan felices como yo. En este mundo, ser elegido significa simplemente ser colocado aparte, en contraste con otros. Sabes hasta qué punto

en nuestra sociedad competitiva los elegidos son mirados con una atención especial. Se publican revistas enteras dedicadas a los héroes del deporte, del cine, de la música, del teatro y de todas las demás formas de sobresalir. Son los elegidos, y sus devotos intentan conseguir algún tipo de placer sustitutorio, conociéndolos mejor o sintiéndose cerca de ellos.

Ser elegido como amado de Dios es algo radicalmente distinto. En vez de excluir a los demás, los incluye. En vez de rechazar a los demás como menos valiosos, los acepta en su realidad única. No se trata de una elección competitiva, sino compartida. Se nos hace difícil llegar a captar esta realidad. Quizá nunca lleguemos a entenderla. Siempre que oímos algo sobre personas, talentos, o amigos elegidos, casi automáticamente empezamos a pensar en élites y a encontrarnos a nosotros mismos no lejos de un sentimiento de celos, decepción o resentimiento. Y no pocas veces el ver a los demás como elegidos lleva a la agresión, a la violencia, e incluso hasta a la guerra.

Pero no renuncies ante el mundo a tu derecho a la palabra «elegido». Atrévete a reclamarla como propia, aunque sea constantemente malentendida. Debes mantenerte firme en la verdad de que tú eres uno de los elegidos. Esta verdad es el suelo de roca sobre el que puedes edificar una vida de amado. Cuando pierdes de vista tu condición de elegido, te expones a ti mismo a la tentación del autodesprecio, y esta tentación amenaza la posibilidad de progresar constantemente en tu condición de ser amado.

Cuando echo una mirada, tanto a mi interior como a mi alrededor, me siento abrumado por oscuras voces que me dicen: «No eres nada especial; eres una persona más entre millones; tu vida no es más que una boca más que alimentar; tus necesidades, un problema más que resolver». Estas voces son cada vez más poderosas, especialmente en un tiempo histórico de tantas relaciones

rotas. Muchos niños no se sienten bienvenidos al mundo. Bajo sus sonrisas nerviosas, se esconde a menudo la pregunta: «¿Soy querido realmente?» Algunos jóvenes han oído a sus madres decirles: «No te esperaba, pero cuando comprobé mi embarazo, decidí tenerte... Fuiste una especie de accidente». Tales palabras y actitudes no contribuyen en absoluto a que la persona se sienta elegida. Nuestro mundo está lleno de personas que se preguntan si no habría sido mejor para ellos no haber nacido. Cuando no nos sentimos amados por los que nos han dado la vida, a menudo sufrimos a lo largo de toda ella alguna forma de automenosprecio, que nos puede llevar fácilmente a la depresión y hasta al suicidio.

A pesar de esta realidad penosísima, y contando con ella, tenemos que atrevernos a afirmar la verdad de que somos los elegidos de Dios, incluso aunque el mundo no nos haya escogido. Mientras permitamos a nuestros padres, hermanos, maestros, amigos y personas que nos quieren, decidir si hemos sido elegidos o no, estamos atrapados en las redes de un mundo que nos sofoca, que nos acepta o rechaza de acuerdo con sus criterios de efectividad y poder. A menudo, esta afirmación representa una ardua tarea, un trabajo que dura toda la vida. Porque el mundo persiste en sus esfuerzos de empujarnos hacia las tinieblas de la duda, del automenosprecio, o del autorrechazo, y a la depresión. Y eso porque somos personas inseguras, miedosas, que nos infravaloramos, y que, en consecuencia, podemos ser manipulados por los poderes que nos rodean. La gran batalla espiritual empieza —y nunca termina—, por afirmar nuestra condición de elegidos. Mucho antes de que ningún ser humano nos oyera llorar o reír, fuimos oídos por nuestro Dios, que es todo oídos para nosotros. Mucho antes de que ninguna persona nos hablara en este mundo, se dirigió a nosotros la voz del amor eterno. Nuestra condición de seres valiosísimos, únicos en nuestra indi-

vidualidad, no se nos ha dado por aquéllos a los que hemos encontrado en el reloj del tiempo —el de nuestra breve existencia cronológica—, sino por el Uno que nos ha elegido con su amor eterno, un amor que existió desde toda la eternidad y durará para siempre.

¿Cómo concienciarnos de nuestra condición de elegidos cuando estamos rodeados de rechazos? Ya he dicho que este hecho conlleva una fuerte lucha espiritual. ¿Hay algo que nos pueda ayudar en esta lucha? Voy a formular unos pocos medios.

Primero, tienes que desenmascarar al mundo que te rodea; hacerle patente en su condición de manipulador, dominador, ansioso de poder, y, a la larga, destructor. El mundo te dice muchas mentiras sobre quién eres. Sé realista y no pierdas de vista nunca esto. Siempre que te sientas herido, ofendido, o rechazado, tienes que atreverte a decirte a ti mismo: «Estos sentimientos, aunque sean fuertes, no me dicen la verdad sobre mí mismo. La verdad, aunque en estos momentos no la sienta, es que soy un hijo elegido de Dios, precioso a sus ojos, llamado el amado desde toda la eternidad y a salvo en su abrazo eterno».

En segundo lugar, debes buscar personas y lugares en los que tu verdad sea dicha, y donde se te recuerde tu identidad más profunda como elegido de Dios. Sí, debemos optar conscientemente por nuestra condición de elegidos, y no permitir que nuestras emociones, sentimientos o pasiones nos seduzcan y nos lleven al automenosprecio. Las sinagogas, las iglesias, muchas comunidades de fe, los diferentes grupos de apoyo que nos ayudan en nuestros momentos de debilidad, como son la familia, los amigos, los profesores, los estudiantes, todos ellos pueden convertirse en personas que nos recuerden nuestra verdad. El amor limitado, a veces roto, de los que comparten nuestra condición humana, es capaz, a menudo, de orientarnos hacia la verdad de lo que

somos: preciosos a los ojos de Dios. Esta verdad no brota simplemente del centro de nuestro ser. Ha sido revelada también por el Uno que nos ha elegido. Por eso debemos estar atentos y a la escucha de muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia. A través de sus palabras y de sus vidas nos invitan a volver al corazón de esa verdad.

En tercer lugar, debemos celebrar nuestra condición de elegidos constantemente. Eso significa decir gracias a Dios incansablemente por habernos elegido, y gracias por recordarnos su elección. La gratitud es el camino más fructífero para profundizar en tu convicción de que no has sido un accidente, sino una elección divina. Es importante que nos demos cuenta de con cuánta frecuencia hemos tenido posibilidades de ser agradecidos y no las hemos aprovechado. Cuando alguien es amable con nosotros, cuando algo nos sale bien, cuando se nos resuelve un problema, cuando se restablece una amistad, se cura una herida, hay razones muy concretas para dar las gracias, ya sea con palabras, con flores, con una carta, con una llamada telefónica, con un gesto de cariño. Pero estas mismas situaciones también nos ofrecen ocasiones para ser críticos, escépticos, hasta cínicos. Porque cuando alguien es bueno con nosotros, podemos poner en tela de juicio sus motivos; cuando algo se vuelve a nuestro favor, podría haber sido siempre mejor; cuando se resuelve un problema, surge a menudo otro en su lugar; cuando se restablece una amistad, siempre flota en el aire la pregunta: «¿Por cuánto tiempo?»; cuando se cura una herida, siempre queda algún rastro de dolor... Donde hay motivos para ser agradecido, siempre los hay también para la amargura. Aquí nos enfrentamos con la libertad de tomar una decisión. Podemos decidir ser agradecidos o amargados, reconocer nuestra condición de elegidos, o enfocar nuestra mirada hacia nuestro lado sombrío. Veo esto a diario en nuestra co-

munidad. El grupo fundamental, hombres y mujeres afectados de minusvalías psíquicas, tienen muchos motivos para sentirse amargados. Muchos de ellos experimentan una profunda soledad, un rechazo por parte de los miembros de su familia o de sus amigos, el deseo insatisfecho de tener un compañero en la vida, y la constante frustración de necesitar siempre la ayuda de otros. Pero la mayoría de ellos escogen el no sentirse amargados, sino agradecidos por los muchos pequeños regalos de sus vidas —una invitación a cenar, el disfrute de unos pocos días en los que alguien se los lleva a su casa, la celebración de su cumpleaños, y, sobre todo, su vida diaria en la comunidad con personas que les ofrecen su amistad y su apoyo. Escogen la gratitud en vez de la amargura, y se convierten en una gran fuente de esperanza y de inspiración para todos los que les asisten. Éstos, aunque no padecen ninguna minusvalía psíquica, tienen que hacer también la misma elección. Cuando escogemos el camino de la luz, nos encontramos cada día más radiantes. Lo que más me fascina es el hecho de que siempre que decidimos ser agradecidos, se nos hace más fácil ver nuevos motivos para serlo. La gratitud convoca a la gratitud, lo mismo que el amor convoca al amor.

Espero que estas tres orientaciones para ayudarte a ser consciente de tu condición de elegido puedan serte útiles en tu vida diaria. Para mí son las prácticas espirituales de mi vida de elegido. No es fácil vivirlas, especialmente en tiempos de crisis. Antes de conocer todo esto de lo que te estoy hablando, era un quejumbroso, sufría momentos de melancolía, fruto de haber sido rechazado, y me sorprendía a mí mismo tramando cómo vengarme. Pero desde que hice de esas prácticas algo muy cercano a mi corazón, soy capaz de apoyarme sobre mis tinieblas para llegar a la luz de mi verdad.

Antes de concluir estos pensamientos sobre el hecho

de ser elegidos, quiero grabar en tu alma la importancia que tiene esta verdad en nuestras relaciones con los demás. Cuando afirmamos constantemente la verdad de ser los escogidos, pronto descubrimos dentro de nosotros un vivo deseo de revelar a los demás su propia condición de elegidos. En vez de hacernos sentir que somos mejores, más preciosos o más valiosos que los otros, nuestra conciencia de ser elegidos abre nuestros ojos a la realidad de la elección compartida con los demás. Éste es el gran gozo de ser elegido: descubrir que los demás lo han sido también. En la casa de Dios hay muchas moradas. Hay sitio para todos, un sitio único, especial. Una vez que hemos profundizado en nuestra condición de seres valiosísimos a los ojos de Dios, somos capaces de reconocer esa misma cualidad en los demás, y su sitio único en el corazón de Dios. Esto me hace pensar en Helen, uno de los miembros disminuidos de nuestra comunidad. Cuando llegó a Daybreak hace unos pocos años, me sentí muy distante de ella, incluso un poco asustado. Vivía en su pequeño mundo, emitiendo sólo unos ruidos extraños, sin contactar jamás con nadie. Pero a medida que la fuimos conociendo mejor, y confiamos en que ella también tenía algún don único que ofrecer, fue saliendo gradualmente de su aislamiento, empezó a sonreírnos, y se convirtió en una gran fuente de gozo para toda la comunidad.

Ahora me doy cuenta de que tuve que ser consciente de mi propio bien para descubrir el único bien de Helen. Todo el tiempo que me dejé guiar por mis dudas y mis miedos, me sentí incapaz de crear el espacio sin el que Helen nunca podría revelarme su belleza. Pero una vez que me hice consciente de mi propia condición de elegido, pude estar con Helen como persona que tenía mucho, mucho que ofrecerme. El amor de Dios incluye a todo el mundo, a cada uno en su realidad única. Solamente cuando hemos reclamado nuestro propio lugar en

el amor de Dios, es cuando podemos experimentar este abrazo universal, un amor sin distinciones, y que nos hace sentir a salvo, no solamente con Dios, sino con nuestros hermanos y hermanas.

Tú y yo sabemos lo cercano a la vida que es todo esto. Nuestra amistad dura ya muchos años. Al principio había un cierto sentido de comparación, de envidia, de competición. Pero a medida que fuimos madurando en años, y nos hicimos más seguros de nuestra condición de seres únicos, la mayor parte, *si no todo ese mundo* de rivalidades, se ha desvanecido, y somos más capaces de afirmar y recordar los dones de ambos. Me siento tan a gusto contigo porque sé que me aprecias por lo que soy y no por lo que pueda hacer por ti. Y tú te sientes a gusto cuando te visito, porque sabes que me maravillo de tu amabilidad, de tu bondad, y de tus muchos dones —no porque me vayan a ser provechosos, sino simplemente por ti. Una profunda amistad es un llamamiento a la realidad individual de ser elegidos, y a la mutua afirmación de ser preciosos a los ojos de Dios. Tu vida y mi vida son, cada una de ellas, totalmente únicas. Nadie ha vivido tu vida o la mía antes, y nadie las vivirá después. Nuestras vidas son piezas únicas en el mosaico de la existencia humana, inapreciables e irremplazables.

Sentirnos escogidos es la base para sentirnos amados. Afirmar esta condición de ser elegido significará una lucha que durará toda la vida. Pero también una fuente de gozo a lo largo de toda ella. Cuanto más lo afirmemos, más fácilmente descubriremos otro aspecto de ser amado: el de ser bendecido. Voy a hablarte de eso ahora.

II

BENDECIDOS

Como hijos amados de Dios, hemos sido bendecidos. La palabra «bendición» se ha convertido en algo muy importante para mí desde hace unos pocos años. Y tú eres uno de los amigos que han contribuido a ello.

¿Te acuerdas de cómo un sábado por la mañana, en Nueva York, me llevaste a la sinagoga? Cuando llegamos, nos encontramos con la agradable sorpresa de que se iba a celebrar un *mitzva*. Un adolescente de trece años fue declarado adulto por la congregación. Por primera vez, dirigió el servicio religioso. Leyó algo, sacado del libro del Génesis, y dijo unas breves palabras a modo de comentario, sobre la importancia de cuidar el medio ambiente. Fue admitido a su nueva condición, dentro de la congregación judía, por el rabino y por sus amigos, y bendecido por sus padres. Por primera vez fui testigo de un *mitzva*, y me sentí profundamente conmovido, sobre todo por la bendición de los padres. Todavía sigo oyendo a su padre cuando dijo: «Hijo, te pase lo que te pase en la vida, tengas éxito o no, llegues a ser importante o no, goces de salud o no, recuerda siempre cuánto te aman tu padre y tu madre». Mientras decía esto mirando con amor al adolescente que tenía delante, y frente a toda la congregación, reunida para el servicio religioso,

me emocioné hasta las lágrimas y pensé: «¡Qué cantidad de gracias hay detrás de tal bendición!».

Estoy cada vez más convencido de hasta qué punto nosotros los hombres, seres llenos de miedos, angustiados, inseguros, necesitamos ser bendecidos. Los niños necesitan la bendición de sus padres y éstos la de sus hijos. Necesitamos la bendición mutua, maestros y discípulos, rabinos y estudiantes, obispos y sacerdotes, médicos y pacientes.

Te voy a explicar lo que significa la palabra «bendición». En latín, bendecir se dice *benedicere*. La palabra bendición, que es usada en muchas iglesias, significa literalmente hablar bien, *bene dicere*, o decir cosas buenas de alguien. Yo me siento aquí directamente aludido. Necesito oír cosas buenas de mí, y sé hasta qué punto tú sientes la misma necesidad. En estos tiempos decimos con frecuencia: «Tenemos que afirmarnos los unos a los otros». Sin esta afirmación, es difícil llevar una vida satisfactoria. Bendecir a alguien es la afirmación más significativa que podemos ofrecerle. Es más que una palabra de alabanza o de aprecio; más que hacerle ver los talentos o las buenas cualidades que tiene; más que hacer que alguien sea conocido. Bendecir es afirmar, decir sí a la condición de amado de una persona. Incluso más que eso: dar una bendición crea aquello que dice. Hay muchísima admiración mutua en este mundo, lo mismo que hay mucha condena. Una bendición va mucho más allá de la admiración y de la condena, de la distinción entre virtudes y vicios, entre buenas y malas obras. La bendición tiene que ver con la bondad original del otro, y le hace palparla en su amado o amada.

No hace mucho tiempo, en mi comunidad tuve una experiencia personal del poder de una bendición real. Cuando estaba preparándome para presidir un tiempo de oración compartida en una de nuestras casas, Janet, una disminuida, miembro de nuestra comunidad, me

dijo: «Henri, ¿puedes darme una bendición?». Respondí a su petición de una forma casi automática trazando con mi pulgar sobre su frente la señal de la cruz. Pero en vez de agradecermelo, protestó con vehemencia: «No, así no tiene valor. No es una verdadera bendición». De repente caí en la cuenta de la forma tan ritualista de mi respuesta a su demanda, y dije: «Lo siento. Voy a darte una bendición auténtica cuando estemos reunidos para la oración». Me dio su conformidad con una sonrisa, y me di cuenta de que se me pedía una bendición especial. Después de la oración en común, cuando unas treinta personas estaban sentadas en el suelo formando un círculo, les dije: «Janet me ha pedido una bendición especial. Siente que la necesita ahora». Al decirlo, no sabía lo que Janet realmente quería. Pero ella me sacó de dudas en seguida. En cuanto terminé de decir: «Janet me ha pedido una bendición especial», se levantó y avanzó hacia mí. Yo estaba revestido de una túnica blanca con mangas muy amplias, que me cubrían hasta las manos. Espontáneamente, Janet me rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza en mi pecho. Sin pensarlo, la cubrí con mis mangas, hasta hacerla casi desaparecer entre los pliegues de mi túnica. Cuando estábamos así los dos, en actitud de apoyarnos mutuamente, le dije: «Janet, quiero que sepas que eres una hija amada de Dios. Eres preciosa a sus ojos. Tu maravillosa sonrisa, tu bondad con todas las personas de tu casa en Daybreak, y todas las cosas buenas que haces, nos hacen ver lo maravillosa persona que eres. Sé que te sientes un poco deprimida estos días y que hay cierta tristeza en tu corazón, pero quiero que recuerdes quién eres: una persona muy especial, profundamente amada por Dios y por todas las personas que están contigo».

Cuando acabé de hablar, Janet levantó su cabeza y me miró; y con una sonrisa que le inundaba todo el rostro me hizo saber que realmente había escuchado y re-

cibido la bendición. Cuando Janet volvió a su sitio, otra mujer disminuida levantó la mano y dijo: «Yo también quiero una bendición». Se puso de pie y, antes de darme cuenta, había apoyado su cara contra mi pecho. Después de haber pronunciado sobre ella las palabras de la bendición, muchas de las personas disminuidas que se habían reunido conmigo para la oración, expresaron su deseo de ser bendecidas. Pero el momento más emotivo fue cuando uno de los asistentes sociales, estudiante de veinticuatro años, levantó su mano y dijo: «¿Y yo?» «Naturalmente», le dije. «Ven». Se me acercó, y cuando estuvimos de pie frente a frente, le rodeé con mis brazos y dije: «John, es una suerte tenerte con nosotros. Tú eres el hijo amado de Dios. Tu presencia es un gozo para todos. Cuando las cosas se te pongan difíciles, y la vida te parezca una carga, recuerda siempre que eres amado con un amor eterno». Después de decirle esto, me miró con lágrimas en los ojos y luego me dijo: «Gracias, gracias, muchas gracias».

Esa noche me di cuenta de la importancia de bendecir y ser bendecido, y pienso que es un signo del amado. Las bendiciones que nos damos mutuamente son expresiones de la bendición que anida en nosotros desde toda la eternidad. Es la más profunda afirmación de nuestro ser. No es suficiente con ser elegido. Necesitamos continuas bendiciones que nos permitan escuchar, de nuevas formas, que pertenecemos a nuestro Dios amoroso, que no sólo no nos va a abandonar jamás, sino que permanecerá con nosotros siempre. Que somos guiados por Dios en cada paso de nuestra vida. Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob, Lea y Raquel, todos ellos escucharon esta bendición y se convirtieron en los padres y madres de nuestra fe. Vivieron su largo, y a menudo penoso viaje, sin olvidar jamás que eran unos elegidos. También Jesús escuchó esa bendición después de que Juan Bautista le bautizara en el Jordán. Una voz des-

cedió de lo alto y dijo: «Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco». Y esta bendición le sirvió de apoyo en todas las alabanzas y vituperios, en toda la admiración y condena que llovieron sobre Jesús a partir de aquel momento. Como Abraham y Sara, Jesús nunca perdió el convencimiento íntimo de que era un bendecido.

Te digo todo esto porque sé lo cambiantes de humor que somos los dos. Un día nos sentimos en la gloria, y al día siguiente nos creemos hundidos en la miseria. Un día estamos pletóricos de nuevas ideas, y al día siguiente todo nos parece desolador y aburrido. Un día nos convencemos de que podemos llevar en volandas el mundo, y al día siguiente consideramos cualquier exigencia como exagerada. Estos cambios de humor nos dicen que ya no abrimos nuestra alma a la bendición que fue escuchada por Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob, Lea y Raquel y Jesús de Nazaret, y que, de la misma manera, debemos oír nosotros. Cuando somos zarandeados por las pequeñas olas que se dan en la superficie de nuestra existencia, nos convertimos en víctimas fáciles del mundo manipulador. Pero si continuamos oyendo la voz suave que nos bendice, podemos avanzar por la vida con un sentido estable de bienestar y de que nos pertenecemos a nosotros mismos.

Me parece que el sentimiento de ser bendecidos no es el que más anida en nosotros. Has pasado muchos momentos difíciles en tu vida, momentos en los que te sentías más maldecido que bendecido. Y yo puedo decir lo mismo. De hecho, sospecho que muchas personas sufren el sentimiento de ser maldecidos. Cuando, por ejemplo, en los restaurantes, presto un poco de atención a lo que dicen las personas durante el momento de descanso del trabajo, o durante la cena, no escucho más que quejas y lamentos, sazonados con la amargura de un espíritu pasivo de resignación. Muchas personas, y nosotros también a veces, sentimos ser víctimas de un mundo que

no podemos cambiar. Y, desde luego, las noticias diarias de los periódicos no nos dan pie a excesivos optimismos. El sentimiento de ser maldecidos se hace presente más fácilmente que el de ser bendecidos, y encontramos suficientes argumentos para alimentarlo. Podemos decir: «Mira lo que pasa en el mundo: mira a los hambrientos, a los refugiados, a los prisioneros, a los enfermos y a los moribundos. Mira la pobreza, la injusticia y la guerra. Mira la tortura, los asesinatos, la destrucción de la naturaleza y de la cultura. Mira las luchas diarias que se nos plantean con nuestras amistades, con nuestro trabajo, con nuestra salud. «¿Dónde, dónde está la bendición?» El sentimiento de sentirnos maldecidos nos domina fácilmente. Con frecuencia escuchamos voces interiores que nos llaman perversos, malos, corrompidos, inútiles, sin valor alguno, abocados a la enfermedad y a la muerte. ¿No es suficiente para que creamos más en la maldición que en la bendición?

Una vez más te digo que como hijo amado de Dios estás bendecido. Se han dicho muchas palabras hermosas sobre ti, palabras que dicen la verdad. Las maldiciones, por muy ruidosas, turbulentas, dichas a gritos que puedan ser, no dicen la verdad. Son mentiras. Mentiras fáciles de creer, pero, al fin y al cabo, mentiras.

Si las bendiciones dicen la verdad, y las maldiciones mienten sobre lo que tú y yo somos, nos enfrentamos a una pregunta muy concreta: ¿Cómo escuchar y estar seguros de la bendición? Si el hecho de nuestra condición de seres bendecidos no es sólo un puro sentimiento, sino una verdad que configura nuestras vidas diarias, debemos ser capaces de ver y experimentar esta bendición de forma bien clara. Voy a ofrecerte dos sugerencias para confirmar tu condición de bendecido. Las dos tienen que ver con la oración y la presencia.

Primero, la oración. Para mí, la oración se está convirtiendo cada vez más en el camino para escuchar las

voces de bendición. He hablado y escrito mucho sobre la oración, pero cuando me retiro a algún sitio tranquilo a orar, me doy cuenta de que, aunque tengo la tendencia a decir muchas cosas a Dios, el trabajo real de la oración es hacer silencio y escuchar la voz que me dice cosas buenas sobre mí. Esto puede sonar a un ejercicio de simple autocomplacencia. Pero, en la práctica, es un ejercicio duro. Tengo tanto miedo a ser maldecido, a escuchar que no soy nada bueno, o al menos, no lo suficientemente bueno, que fácilmente caigo en la tentación de empezar a hablar y de continuar hablando para dominar mis miedos. En mi caso, tengo que hacer un gran esfuerzo para conseguir dejar de lado y silenciar las muchas voces que cuestionan mi bondad, y confiar en que llegaré a escuchar la voz de la bendición.

¿Has intentado alguna vez pasar una hora entera no haciendo otra cosa que escuchar la voz que se cobija en el interior de tu corazón? ¿Cómo te sientes cuando no puedes escuchar la radio, ni ver la televisión, ni leer un libro, ni tienes ninguna persona con la que hablar, ni proyecto alguno que concluir, ni llamada telefónica que hacer? A menudo, nuestra reacción es la de ver que hay muchas cosas que hacer y que todavía no hemos hecho. Y abandonamos el silencio que nos asusta y volvemos al trabajo. No es fácil entrar en el silencio y llegar más allá de las muchas voces tumultuosas y exigentes de nuestro mundo, y descubrir la voz suave, íntima, que nos dice: «Eres mi hijo amado, en ti me complazco». Pero si nos atrevemos a abrazar nuestra soledad y a amar nuestro silencio, llegaremos a conocer esta voz. No quiero decirte que un día escucharás esta voz con tus oídos corporales. No te estoy hablando de una voz, fruto de la alucinación, sino de una voz que puede ser oída por los oídos de la fe, el oído del interior de nuestro corazón.

A menudo tendrás la sensación de que nada sucede en tu oración. Dices: «En cuanto me siento, me distrai-

go». Pero si insistes en la práctica de emplear una media hora al día para escuchar la voz del amor, irás descubriendo gradualmente que te está sucediendo algo a lo que eras totalmente ajeno. Sólo con una mirada retrospectiva descubrirás la voz que te bendice. Al principio pensabas que lo que te estaba sucediendo durante tu rato de escucha no era más que un montón de sensaciones confusas. Pero luego te encuentras a ti mismo buscando ese tiempo de tranquilidad, y echándolo de menos cuando no puedes disponer de él. La moción del Espíritu de Dios es muy dulce, muy suave y escondida. Se diría que no solicita nuestra atención. Pero, al mismo tiempo, esta moción es persistente, fuerte y profunda. Cambia nuestros corazones radicalmente. La práctica fiel de la oración te revela que eres un bendecido y te da el poder de bendecir a otros.

Te voy a hacer una sugerencia que puede serte muy útil. Una buena manera de escuchar es hacerlo, acompañado de un texto sagrado: un salmo o una oración, por ejemplo. Eknat Easwaran, hindú, que ha escrito sobre espiritualidad, me enseñó el gran valor de aprender de memoria un texto sagrado y repetirlo mentalmente despacio, palabra por palabra, frase por frase. De esta forma, escuchar la voz del amor no se convierte en una espera pasiva, sino en una atención activa a la voz que nos habla por medio de la Escritura.

Yo empleo muchas de mis medias horas de oración no haciendo otra cosa que repetir la oración de san Francisco: «Señor, haz de mí un instrumento de paz. Que donde haya odio, yo ponga amor...» Cuando dejo que estas palabras hagan su camino de mi mente a mi corazón, empiezo a experimentar, más allá de mis intranquilas emociones y sentimientos, la paz y el amor que yo buscaba en las palabras.

De esta manera he conseguido un medio de saber qué hacer con mis distracciones. Cuando me encontraba a

mí mismo vagabundeando muy lejos de mí yo profundo, podía siempre volver a mi oración sencilla y, de ese modo, escuchar de nuevo en mi corazón la voz que tanto quería oír.

Mi segunda sugerencia para llegar a asumir tu condición de bendecido es el cultivo de la presencia. Por presencia entiendo la atención a las bendiciones que nos llegan día a día, año tras año. El problema de la vida moderna es que estamos demasiado ocupados —¿mirando cómo afianzarnos en emplazamientos equivocados?—, para poder darnos cuenta de que somos personas bendecidas. A menudo, la gente dice cosas buenas acerca de nosotros, pero las despreciamos con comentarios como: «No vale la pena, olvídalo, no es nada...» o cosas parecidas. Estos comentarios pueden parecer expresiones de humildad, pero de hecho, son señales de que no estábamos realmente preparados para recibir las bendiciones que se nos daban. No nos es fácil, a nosotros, personas ocupadas, recibir verdaderamente una bendición. Quizá el hecho de que pocas personas ofrecen una bendición real es el resultado triste de la ausencia de personas que quieran y sean capaces de recibir una bendición semejante. Se nos ha hecho extremadamente difícil detenernos, oír, prestar atención y recibir, agradecidos, lo que se nos ofrece.

Vivir con personas disminuidas psíquicas me lo ha hecho ver con claridad. Tienen muchas bendiciones que ofrecer. Pero ¿cómo voy a recibir esa bendición cuando normalmente estoy ocupado, haciendo todo con sentido de urgencia, al considerar tan importante lo que hago? Adam, uno de los miembros de mi comunidad, no puede hablar, ni andar solo, ni comer si no se le ayuda, ni vestirse o desvestirse solo. Pero tiene muchas bendiciones que ofrecer a los que emplean el tiempo en estar con él, ayudándole o, simplemente, sentándose a su lado. To-

davía estoy por encontrar a uno solo que haya empleado cierto tiempo con Adam que no se haya sentido bendecido por él. Pero sabes, también, lo difícil que resulta esa sencilla presencia. Hay tanto que hacer, tantos trabajos que emprender y terminar, que la simple presencia puede parecer no servir de nada o incluso una pérdida de tiempo. Pero sin el deseo consciente de perder nuestro tiempo, es difícil escuchar una bendición.

Esta presencia atenta puede permitirnos ver cuántas bendiciones están esperándonos para recibir las: la bendición del pobre que nos para en la calle, la bendición de los árboles en flor y de las flores recién abiertas que nos hablan de una nueva vida, las bendiciones de la música, la pintura, la escultura y la arquitectura. Todo esto pero, sobre todo, las bendiciones que nos llegan por medio de palabras de agradecimiento, ánimo, afecto y amor. No hace falta que discurramos demasiado para encontrarlas. Están ahí, rodeándonos por todos lados. Pero tenemos que estar atentos a ellas y recibir las. No se abren camino a la fuerza hacia nosotros. Son señales suaves de esa voz hermosa, fuerte y escondida de quien nos llama por nuestro nombre y dice cosas hermosas sobre nosotros.

Espero que estas dos sugerencias, la de la oración y la de la presencia, puedan ayudaros a alcanzar la condición de bendecido, que es la vuestra. No puedo acentuar suficientemente la importancia de tender a esta meta. No intentarlo te llevaría rápidamente a la tierra de los malditos. Apenas existe un espacio neutral entre la tierra de los bendecidos y la de los malditos. Tienes que escoger dónde quieres vivir, y es una elección que tienes que seguir haciendo continuamente.

Antes de concluir estos pensamientos acerca de nuestra condición de bendecidos, tengo que decirte que cuando intentas alcanzar tu propio sentido de bendecido, eso siempre conduce a un deseo profundo de bendecir a los

demás. La característica de los bendecidos es que, adonde quiera que van, siempre dicen palabras de bendición. Es notable lo fácil que es bendecir a los demás, decir cosas buenas de los demás y a los demás, hacer un llamamiento a su belleza y a su verdad, cuando tú mismo vives tu propia condición de bendecido. El bendecido siempre bendice. Y las personas anhelan ser bendecidas. Eso se ve con claridad adonde quiera que vayas. Nadie es convocado a la vida mediante maldiciones, chismes, acusaciones o inculpaciones. ¡Hay tanto de eso a nuestro alrededor constantemente! Y eso no hace más que invitar a la oscuridad, a la destrucción y a la muerte. Como bendecidos, podemos caminar por este mundo y ofrecer bendiciones. No exige gran esfuerzo. Es algo que fluye naturalmente de nuestros corazones. Cuando escuchamos dentro de nosotros la voz que nos llama por nuestro nombre y nos bendice, la oscuridad ya no nos distrae. La voz que nos llama «el amado» nos dará palabras para bendecir a los demás y revelarles que no son menos bendecidos que nosotros.

Tú vives en Nueva York. Yo, en Toronto. A medida que te paseas por la avenida Columbus, y yo por la calle Yonge, podemos darnos cuenta perfectamente de la dureza del lado sombrío de la realidad. La soledad, la falta de hogar y la adicción de algunas personas son demasiado visibles. Todas esas personas anhelan nuestras bendiciones. Esta bendición puede ser dada solamente por los que la han escuchado previamente. Ahora me siento preparado para escribirte sobre la verdad más dura sobre la que pueda escribirse: nuestra condición común de seres rotos. Te voy a hablar de que cuando nos hacemos conscientes y vivimos esa verdad de que somos seres rotos, cuando hemos dicho sí a esa realidad, entonces podemos mirar nuestra condición de seres rotos con los ojos bien abiertos. Es lo que vamos a hacer ahora.

ROTOS

Ha llegado el momento de hablar sobre nuestra condición de seres rotos. Tú eres un hombre roto. Yo también, y todas las personas que conocemos están rotas. Nuestra realidad de seres rotos es tan visible y tangible, tan concreta y específica, que es difícil creer que se pueda pensar, hablar o escribir algo que se salga de esta realidad.

Desde que nos encontramos, hemos hablado de esa realidad nuestra. Tú querías algo de mí, de parte de la sección de Connecticut del New York Times. Te hablé de lo que escribía como expresión de tener que habérmelas con mi propia soledad, con mi sentido de aislamiento, con mis muchos miedos y con mi sensación general de inseguridad. Cuando la discusión se orientó hacia ti, hablaste de tu descontento con el trabajo, de tu frustración, y de no tener suficiente tiempo y dinero para escribir la novela que tanto querías escribir, y de la confusión general que te embargaba sobre la orientación de tu vida. En el año que siguió a nuestro primer encuentro, nos fuimos abriendo más y más el uno al otro acerca de nuestros sufrimientos, nuestras penas. Y el compartir nuestras luchas internas se convirtió en una prueba de nuestra amistad.

Tú has tenido que vivir una penosa separación y un divorcio, y yo un período largo de depresión. Tú has tenido muchos momentos de desencanto en tu trabajo, y has vagabundeado buscando el verdadero sentido de la vida, mientras que yo me sentía abrumado por las presiones que se hacían a mi tiempo y energía, que a menudo me llevaban a un estado de agotamiento y desesperación.

Siempre que nos encontrábamos, llegábamos a la conclusión de que nuestras vidas estaban rotas. Esa constatación por nuestra parte era normal. Cuando las personas se reúnen, sus conversaciones se centran fácilmente en esa realidad de ruptura interior. Las piezas musicales más célebres, las esculturas y los cuadros más conocidos, los libros más leídos, son, a menudo, expresión directa de la constatación humana de esa ruptura. Esta constatación no está nunca excesivamente lejos de la superficie de nuestra existencia, porque todos sabemos que ninguno de nosotros escapará a la muerte, la manifestación más radical de nuestra ruptura.

Los líderes y profetas de Israel, que fueron claramente escogidos y bendecidos, todos llevaron una vida absolutamente rota. Y nosotros, hijas e hijos amados de Dios, tampoco podemos escapar a esa ruptura.

Hay muchas más cosas que me gustaría decirte de nuestra condición de seres rotos. Pero, ¿por dónde empezar?

Quizá lo más simple sería decir que nuestra ruptura revela algo de lo que en realidad somos. Nuestras penas y sufrimientos no se reducen a una fastidiosa interrupción de nuestras vidas. Más bien, se relacionan directamente con nuestra condición única y nuestra más íntima individualidad. La forma en que estoy roto te dice algo único sobre mí. Y la forma en que tú estás roto, me dice algo único sobre ti. Ésta es la única razón de sentirme absolutamente privilegiado cuando tú libremente com-

partes conmigo algo de tu profunda pena. Y es una expresión de mi profunda confianza en ti descubrirte una parte de mi lado vulnerable. Nuestra ruptura es vivida y experimentada siempre como algo fuertemente personal, íntimo y único. Estoy profundamente convencido de que todo ser humano sufre de una forma distinta a la de otro ser humano. Sin duda que podemos hacer comparaciones, podemos hablar de un sufrimiento mayor o menor. Pero, en un análisis final, tu dolor y el mío son tan profundamente personales que compararlos no representa apenas alivio y consuelo. Me siento más agradecido a una persona que sea capaz de reconocer que estoy muy solo en mi dolor, que a otra que intente decirme que hay otros muchos que sufren algo parecido a mí o mucho más.

Nuestra ruptura es verdaderamente nuestra. De nadie más. Nuestra ruptura es tan única como nuestra condición de escogidos y de bendecidos. La manera en que estamos rotos es tanto una expresión de nuestra individualidad, como de la manera en que hemos sido escogidos y bendecidos. Sí, aunque suene a algo terrible, como amados, tenemos que asumir nuestra ruptura única, lo mismo que tenemos que asumir nuestra condición única de escogidos y bendecidos.

Voy a acercarte más a nuestra experiencia de estar rotos. Como ya he dicho, es una experiencia muy personal y, en la sociedad en que vivimos, es generalmente una experiencia de ruptura interior, del corazón. Aunque muchas personas sufren de disminuciones físicas o mentales, y aunque hay una gran pobreza económica, de personas sin hogar, y de falta de una cobertura de las necesidades humanas básicas, el sufrimiento del que soy más consciente en mi vivir diario es el de la ruptura del corazón. Muchas veces veo el inmenso sufrimiento de unas relaciones rotas entre maridos y mujeres, padres e hijos, amantes, amigos y compañeros de trabajo. En el

mundo occidental, el sufrimiento que parece ser el más doloroso es el que tiene su origen en la sensación de sentirse rechazado, ignorado, despreciado y dejado a un lado. En mi propia comunidad, formada por hombres y mujeres con graves disminuciones, la mayor fuente de sufrimiento no es la disminución en sí, sino los sentimientos que la acompañan de verse como seres inútiles, sin valor alguno, despreciados y no amados. Es mucho más fácil aceptar la incapacidad de hablar, de andar o de alimentarse por sí mismo, que aceptar la incapacidad de significar algo para alguien. Los seres humanos pueden sufrir con valor inmensas privaciones. Pero cuando sentimos que ya no tenemos nada que ofrecer a nadie, perdemos el apego a la vida rápidamente. Instintivamente conocemos que el gozo de vivir nos viene de vivir juntos, y que el sufrimiento de vivir procede de las muchas maneras en que somos incapaces de conseguirlo adecuadamente.

Es obvio que uno de los terrenos en que sentimos nuestra ruptura de una manera más dolorosa es en el campo de nuestra sexualidad. Mi propia lucha y la de mis amigos hace patente hasta qué punto es central nuestra sexualidad en relación con la forma de pensar sobre nosotros mismos. Nuestra sexualidad nos revela nuestro deseo inmenso de comunión. Los deseos de nuestro cuerpo —ser tocados por alguien, abrazados y sostenidos por otra persona—, pertenecen a los deseos más profundos del corazón. Y son signos muy concretos de la búsqueda de nuestra identidad como seres únicos. Precisamente alrededor de este deseo profundo de comunión es donde se dan las mayores angustias. Nuestra sociedad está tan fragmentada, nuestras vidas familiares, tan rotas por los distanciamientos físicos y emocionales, nuestras relaciones de amistad, tan esporádicas, nuestras intimidades, rodeadas de tantas cosas y tan utilitarias, que hay pocos sitios donde podamos encontrar-

nos auténticamente seguros. Noto en mí mismo con cuánta frecuencia mi cuerpo está tenso, cuántas veces me pongo en guardia, y qué pocas siento la seguridad completa de estar en mi hogar. Si echo una mirada a las zonas residenciales de Toronto, a sus feos y enormes supermercados, preparados hasta el último detalle para conseguir un consumo más eficiente, y los atractivos carteles publicitarios que prometen descanso y relajación de formas muy seductoras —todo eso después de haber arrasado los bosques, secado los riachuelos, y arrancado de su hábitat natural a los ciervos, conejos y pájaros—, no me sorprende que mi cuerpo grite buscando una cura en el sentirme tocado, en un abrazo que me dé seguridad. Cuando todo a nuestro alrededor sobreestimula y extiende hasta el infinito nuestra capacidad sensorial, y cuando lo que se nos ofrece para llenar nuestras necesidades más íntimas generalmente tiene poco de seductor para ellas, no es de extrañar que nos sintamos llenos de fantasías locas, sueños incontrolados y sentimientos y pensamientos perturbadores. En este punto es donde estamos más necesitados y somos más vulnerables, donde experimentamos más ruptura. La fragmentación y comercialización de nuestro medio hace casi imposible encontrar un sitio en el que nuestro ser total —cuerpo, alma y corazón—, pueda sentirse a salvo y protegido. Paseando por las calles de Nueva York o de Toronto, es difícil no sentirse arrancados fuera del centro de nuestro ser como personas, y experimentar en nuestras entrañas la angustia y la agonía de este mundo.

La epidemia del sida es probablemente uno de los síntomas más indicativos de la ruptura que se da dentro de nuestra sociedad contemporánea. En el sida están íntimamente unidas la muerte y la vida en un abrazo violento. Los jóvenes, desesperados por encontrar algún tipo de intimidad, ponen en peligro sus vidas al buscarla. Parece que hay un grito que esparce sus ecos en los gran-

des espacios vacíos de la sociedad. Y que parece decir: «es mejor morir que vivir en constante soledad».

Viendo morir a pacientes del sida, y siendo testigo de la generosidad espontánea con la que sus amigos forman comunidad para apoyarlos con su cariño y con su ayuda material y espiritual, me pregunto a menudo si esta horrorosa enfermedad no significa una clara invitación a la conversión, dirigida a un mundo abocado a la destrucción por la competencia, las rivalidades y por el aislamiento creciente. La crisis del sida nos pide una nueva visión integral de la ruptura humana.

¿Cómo podemos responder a esta ruptura? Me gustaría sugerir dos medios: primero, haciendo más amistoso nuestro mundo, y luego, poniéndolo bajo el signo de la bendición. Espero que seas capaz de ponerlos en práctica en tu propia vida. Yo lo he intentado constantemente, algunas veces con más éxito que otras. Pero estoy convencido de que estos dos medios apuntan en la buena dirección, en la de poder arreglar el problema de la ruptura.

La primera respuesta, pues, a nuestra ruptura es mirarla de frente y con cariño. Parece ser que esto tiene poco de natural. Nuestra primera respuesta al sufrimiento, la más espontánea, es evitarlo, poner entre él y nosotros una buena distancia; ignorarlo, soslayarlo o negarlo. El sufrimiento, ya sea físico, mental o emocional, está considerado siempre como un intruso odiado en nuestras vidas, como algo que no tiene por qué estar ahí. Es difícil, si no imposible, ver algo positivo en el sufrimiento. Sentimos que debe ser evitado a toda costa.

Cuando ésta es nuestra actitud, no es una sorpresa que mirar el sufrimiento con simpatía, parezca, en principio, masoquismo. Pero mi propio sufrimiento en la vida me ha enseñado que el primer paso para curarlo no es huir del sufrimiento, sino salir a su encuentro. Cuando la ruptura es, de hecho, una parte de nuestro ser, lo mismo

que nuestra condición de elegidos y de bendecidos, tenemos que atrevernos a sobreponernos a nuestro miedo y familiarizarnos con él. Tenemos que encontrar el valor para abrazar nuestra ruptura interior hacer amistad con nuestro más terrible enemigo, y reclamarlo como un compañero íntimo. Estoy convencido de que la curación es, a menudo, difícil porque no queremos reconocer el dolor. Aunque esto es verdad, referido a cualquier dolor, lo es especialmente, si hablamos del que procede de un corazón roto. La angustia y la agonía que resultan del rechazo, de la separación, del abandono, del abuso y de la manipulación emocional sirve sólo para paralizarnos cuando no podemos enfrentarnos a ellos. Y huimos inmediatamente de ellos. Cuando necesitamos una orientación en medio de nuestro sufrimiento, ésta debe estar en la línea de acercarnos más a nuestro dolor, y de hacernos conscientes de que no tenemos que evitarlo, sino mirarlo con simpatía.

Recuerdo vivamente el día que llegué a tu casa. Estaba en Nueva York y te llamé. Acababas de darte cuenta de que tu matrimonio se había roto para siempre. Tu sufrimiento era inmenso. Veías cómo se había evaporado uno de los sueños de tu vida; no tenías ya ningún sentido de futuro; te sentías solo, culpable, ansioso, avergonzado y profundamente traicionado. El dolor se reflejaba en tu cara. Fue el momento más duro de tu vida. ¿Qué podía decirte? Sabía que toda sugerencia que te hiciera sobre el tema, como por ejemplo, que todavía había cosas buenas en que pensar, o que las cosas no eran tan malas como parecían, sería inútil. Supe que lo único que podía hacer era estar contigo, permanecer a tu lado, y, de alguna manera, animarte a que no te escapas de tu dolor, sino a confiar en que ibas a ser capaz de vivir con él. Ahora, muchos años después, puedes decir realmente que eres capaz de convivir con él y de sentirte más fuerte por medio él. En aquel momento

parecía una tarea imposible, pero la única que podía sugerirte.

Mi propia experiencia respecto a la angustia ha sido que enfrentarse a ella y vivir con ella es la manera de curarla. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito a alguien que me ayude a mantenerme en pie con ella, que me asegure de que hay paz más allá de la angustia, vida más allá de la muerte, y amor más allá del miedo. Pero ahora sé, al menos, que intentar apartarla, reprimirla o escaparme del sufrimiento es amputar un miembro que puede curarse con los cuidados adecuados. La verdad profunda es que nuestro sufrimiento no tiene por qué ser un obstáculo para el gozo y la paz que tanto deseamos, sino que puede convertirse en el camino hacia ellos. El gran secreto de la vida espiritual, la vida de los hijos e hijas amados de Dios, es que todo lo que vivimos, ya sea la alegría o la tristeza, el gozo o la pena, la salud o la enfermedad pueden ser parte de nuestro camino hacia la plena realización de nuestra condición de seres humanos. Es fácil decirnos mutuamente: «Todo lo que es bueno y hermoso nos lleva a la gloria de los hijos de Dios». Pero es muy duro decir: «¿Pero no sabes que todos tenemos que sufrir para así llegar a nuestra gloria interior?» El auténtico cuidado que nos debemos unos a otros, la auténtica preocupación por los demás, se expresa por la voluntad de ayudarnos mutuamente para convertir nuestra ruptura en la puerta hacia el gozo.

La segunda respuesta a nuestra ruptura es ponerla bajo la bendición. Para mí, este «poner nuestra ruptura bajo la bendición» es una condición previa para mirarla con simpatía. A menudo es aterrador mirar de frente nuestra ruptura interior, porque la vivimos bajo el signo de la maldición. Vivir así nuestra ruptura significa que experimentamos nuestras penas como una confirmación de nuestros sentimientos negativos acerca de nosotros mismos. Es lo mismo que decir: «Ya sospechaba yo que

era un ser inútil, que no valía para nada, y ahora estoy seguro de ello por lo que me está sucediendo». Siempre hay en nosotros algo que busca explicación a todo lo que nos sucede en la vida, si hemos sucumbido a la tentación del autodesprecio. Luego, toda forma de mala suerte no hace más que afirmarnos en nuestra convicción. Cuando la muerte nos arrebatara a un miembro de nuestra familia o a un amigo, cuando nos quedamos sin trabajo, cuando fallamos en un examen, cuando vivimos separados o divorciados, cuando estalla una guerra, cuando un terremoto destruye nuestra casa, o nos afecta de alguna forma, nuestra pregunta «¿Por qué?» surge espontáneamente. «¿Por qué yo?», «¿por qué ahora?», «¿por qué aquí?» Es tan duro vivir sin una respuesta a ese «¿por qué?», que fácilmente nos seduce el conectar los hechos que no dominamos con nuestra infravaloración consciente o inconsciente. Cuando nos hemos maldecido a nosotros, o hemos permitido que otros lo hagan, es muy tentador explicar todas las rupturas que experimentamos como expresión o confirmación de esa maldición. Antes de darnos perfecta cuenta, nos hemos dicho: «Ves, siempre había pensado que no era bueno... Ahora lo sé con toda seguridad. Los hechos lo prueban».

La gran llamada espiritual de los hijos amados de Dios es la de sacar a la luz su ruptura, desde el fondo de las tinieblas de la maldición, y ponerla al amparo de la luz de la bendición. No es tan fácil como parece al oírlo. Los poderes de las tinieblas que nos rodean son fuertes, y nuestro mundo encuentra un camino más fácil para manipular a las personas que se infravaloran que a las que se aceptan como son. Pero cuando escuchamos atentamente la voz del amado que nos llama, es posible vivir nuestra ruptura, no como confirmación de nuestro miedo de que somos algo sin valor alguno, sino como una oportunidad para purificar y profundizar la bendición

que reposa sobre nosotros. El dolor físico, mental o emocional que se da, al amparo del signo de la bendición, es experimentado de manera radicalmente diferente a la de un dolor físico, mental o emocional vivido bajo la maldición. Hasta una pequeña carga, percibida bajo el sentimiento de nuestra nulidad, puede llevarnos a una profunda depresión, incluso al suicidio. En cambio, cargas grandes y pesadas se convierten en ligeras y fáciles de soportar cuando son vividas bajo la luz de la bendición. Lo que en un principio parecía intolerable, se convierte en un reto. Lo que parecía un motivo de depresión se convierte en una fuente de purificación. Lo que parecía un castigo se convierte en una suave restricción. Lo que parecía un rechazo, se convierte en una vía de comunión más profunda.

De esa manera, es una gran tarea poder vivir, sentir la bendición en medio de nuestra ruptura. Luego, nuestras rupturas empezarán a ser vistas como una apertura a la plena aceptación personal como seres amados. Esto explica cómo el verdadero gozo puede ser experimentado en medio de un gran sufrimiento. Es el gozo de sentirse disciplinado, purificado, «pulido». Lo mismo que los atletas pueden vivir el sufrimiento mientras están en plena carrera, y al mismo tiempo experimentar un gran gozo al saber que se van acercando a la meta, así el amado puede experimentar el sufrimiento como un medio hacia una comunión más profunda, que es la que está anhelando. Aquí el gozo y el sufrimiento no son ya opuestos, sino que se han convertido en las dos caras del mismo deseo de progresar hasta la plenitud del amado.

Los diferentes programas de rehabilitación, como el de los Alcohólicos Anónimos y el de los Hijos de Alcohólicos, son caminos para poner nuestra ruptura interior bajo el signo de la bendición, y de este modo abrirnos el camino hacia una nueva vida. Todas las adicciones nos esclavizan, pero cada vez que confesamos abiertamente

nuestras dependencias, y expresamos nuestra confianza en que Dios puede realmente librarnos de ellas, la fuente de nuestro sufrimiento se convierte en manantial de esperanza.

Recuerdo vivamente cómo, en un momento dado, yo empecé a hacerme totalmente dependiente del afecto y de la amistad de una persona. Esta dependencia me estaba arrojando a un pozo de una gran angustia, y me llevó al borde de la depresión, y con ella, a la frontera de la autodestrucción. Pero desde el momento en que se me ayudó a experimentar mi búsqueda de contacto con los demás como una expresión de mi entrega total al Dios del amor, que llenaría los más profundos deseos de mi corazón, empecé a vivir mi dependencia de una forma radicalmente nueva. En vez de vivir sumido en la vergüenza y en una situación embarazosa, fui capaz de vivirla como una invitación urgente a exigir para mí el amor incondicional de Dios, un amor del que puedo depender sin miedo alguno.

Querido amigo, me pregunto si te he ayudado con lo que he dicho sobre la situación de ruptura que vivimos. Amarla y ponerla bajo la bendición no consigue que nuestra pena sea necesariamente menos dura. De hecho, nos hace más conscientes de lo profundas que son las heridas, y de la falta de realismo que supone esperar a que se desvanezcan. Vivir con personas disminuidas psíquicas me ha hecho más y más consciente de cómo nuestras heridas son a menudo una parte esencial del tejido de nuestras vidas. El sufrimiento producido por el rechazo de los padres, por no poder casarse, por la angustia de necesitar siempre de alguien para las cosas más normales como el vestirse, el comer, el andar, subir al autobús, comprar un regalo o pagar un billete... ninguna de estas rupturas desaparecerá o disminuirá. Pero abrazarlas y llevarlas bajo el resplandor de la luz del Uno que nos llama el amado puede hacer que nuestra ruptura brille como un diamante.

¿Te acuerdas cómo, hace dos años, fuimos al Lincoln Center y escuchamos a Leonard Bernstein dirigiendo la música de Tschaikovsky? Fue una noche conmovedora. Más tarde nos dimos cuenta de que había sido la última vez que habíamos podido escuchar a este músico genial. Leonard Bernstein fue, sin duda, uno de los directores y compositores que más ha influido para introducirme en la belleza y en el gozo de la música. Siendo muy joven, me sentí completamente arrobado por la forma tan extraordinaria con la que llevaba a cabo los dos papeles, el de director y el de solista, en la interpretación de los conciertos para piano de Mozart, en la sala de conciertos Kurhaus, en Scheveningen, Holanda. Meses después de haber visto en la pantalla su *West Side Story* me sorprendía tarareando sus cautivadoras melodías, y volvía al cine siempre que podía.

Al fijarme en su cara en la televisión mientras dirigía y explicaba la música clásica a los niños, me di cuenta de hasta qué punto Leonard Bernstein se había convertido para mí en el más venerado maestro de música. Por eso, no es sorprendente que su muerte repentina me hiriera como la de un amigo muy personal.

Mientras te escribo sobre nuestra ruptura, recuerdo una escena de la Misa de Leonard Bernstein —un musical escrito en memoria de John F. Kennedy—, que para mí encierra la idea de ruptura, puesta bajo la bendición. Hacia el final de la obra, el sacerdote, ricamente vestido con sus espléndidos ornamentos litúrgicos, fue levantado por su pueblo por encima de las cabezas de una multitud en actitud de adoración. El sacerdote llevaba en sus manos un cáliz. Súbitamente, la pirámide humana se derrumbó, y el sacerdote se vino abajo como un guiñapo. Le arrancaron sus vestiduras. El cáliz cayó al suelo y se hizo añicos. Cuando el sacerdote, descalzo, en vaqueros y camiseta, empezó a caminar lentamente sobre las ruinas de su antigua gloria, se oyeron unas voces de niños

que cantaban: «Laude, laude, laude. Gloria, gloria, gloria». El sacerdote vio el cáliz roto. Lo miró durante un rato y después, titubeante, dijo: «Nunca hubiera pensado que un cáliz fuera capaz de brillar con tanta intensidad».

Nunca olvidaré estas palabras. Para mí captan el misterio de mi vida, o de tu vida, y ahora, poco después de su muerte, la vida espléndida, pero trágica, del propio Bernstein.

Antes de concluir estas palabras, quiero decir de nuevo algo sobre las implicaciones que todo esto tiene en nuestras relaciones con las demás personas. A medida que avanzo en años, me hago consciente más que nunca de lo poco o de lo mucho que podemos hacer por los demás. Hemos sido elegidos, bendecidos y rotos, para ser entregados. De eso voy a hablarte ahora.

ENTREGADOS

Somos elegidos, bendecidos, rotos para ser entregados. El cuarto aspecto de la vida del amado es el de ser entregado. Para mí, personalmente, eso significa que solamente desde nuestra realidad de personas entregadas podemos comprender nuestra condición de elegidos, bendecidos y rotos. En la entrega se hace claro que somos elegidos y rotos, no simplemente en atención a nosotros, sino para que todo lo que vivamos encuentre su significación final en el vivir para los demás.

Los dos conocemos por experiencia el gozo que procede de hacer algo por otra persona. Tú has hecho mucho por mí, y yo siempre te he estado agradecido por lo que me has dado. Parte de mi gratitud, sin embargo, es el resultado de verte tan feliz dándome tanto. Es mucho más fácil ser agradecido por un regalo que se nos hace gozosamente, que por otro al que le acompañan la reticencia y la desgana. ¿Has visto alguna vez el gozo de una madre cuando ve sonreír a su hijo? La sonrisa del niño es un regalo para la madre, que agradece el ver a su hijo tan feliz.

¡Qué misterio tan maravilloso! Nuestra realización más completa consiste en darnos a los demás. Aunque a menudo parece que las personas dan sólo para recibir,

creo que, bajo el deseo que todos tenemos de ser apreciados, recompensados, reconocidos, subyace un sencillo y puro deseo de dar. Recuerdo cómo una vez pasé horas mirando en varios almacenes holandeses, buscando un sencillo regalo para mis padres, entregado al disfrute de la alegría anticipada de poder dar. Nos hacemos personas maravillosas cuando damos lo que podemos dar: una sonrisa, un apretón de manos, un beso, un abrazo, una palabra de amor, un regalo, una parte de nuestra vida... o toda ella. Percibí esto de una manera conmovedora el día en que Robin y tú os casasteis. Fue el día en el que llegó a su fin el dolor por el fracaso de tu primer matrimonio. Y fuiste capaz de alcanzar la verdad de que la vida encuentra su pleno cumplimiento en darse. La tarde anterior a la boda me recogiste en el aeropuerto de La Guardia, me llevaste a cenar con tu madre, tu hermana, tu cuñado y con tu sobrina pequeña. Luego, me llevaste al hotel. Fue un fin de semana hermoso del mes de mayo, y, aunque se te veía tan nervioso como a cualquier novio el día anterior a su boda, se te notaba en paz y gozoso. Tu corazón estaba viviendo anticipadamente tu vida con Robin. Me dijiste que ella te había restablecido la confianza en ti mismo, había disipado tus dudas sobre tu capacidad de amar y de encontrar un trabajo. Y te había animado a confiar que ibas a encontrar el mejor camino para emplear tus dones, incluso en el supuesto de que no pudieras encajar en los compartimentos tradicionales que la sociedad pudiera ofrecerte. Y, sobre todo, que Robin te amaba por lo que eras, y no por lo que pudieras llegar a ganar o a realizar. También me hablaste del gran apoyo que habías significado tú para Robin. Admirabas su entrega total como abogado en favor de los pobres y los sin hogar, sus grandes dotes para defender a los sin voz de este mundo, y de su vitalidad y buen humor. Pero también eres muy consciente de que le habías dado algo que ella

no podía darse a sí misma: un hogar, un lugar seguro y fecundo. ¡Era tan hermoso palpar tu amor por ella, y me sentía tan privilegiado por haber sido invitado a ser testigo tan cercano de aquel amor!

A medida que fuimos viviendo el espléndido día de la boda, con sus conmovedores ritos judíos, presididos por tu amigo, la rabino, Helene Ferris, la alegre fiesta que siguió a la ceremonia religiosa, y la agradabilísima cena, me di más cuenta que nunca de hasta qué punto es verdad que nuestras vidas encuentran su pleno cumplimiento en la entrega a los demás. Aquel día te entregaste a Robin y dejaste claro que, pasara lo que pasara con tu trabajo, con tu salud, o en el escenario político o económico, Robin sería en adelante tu primera preocupación.

Como tu matrimonio con Robin era tu segunda experiencia matrimonial, y como habías vivido la larga soledad del divorcio, en medio de todo aquel gozo te sentías muy humilde. Sabías que nada feliz sucede automáticamente, y que la entrega de ti mismo a Robin era una decisión que debía renovarse a diario, especialmente los días en que experimentarais entre vosotros un cierto distanciamiento.

También me di perfecta cuenta de la necesidad que tenías de sentirte rodeado del amor de tu familia y amigos, mientras Robin y tú expresabais vuestros mutuos compromisos. Tu invitación para que estuviera tan cerca de vosotros el día de vuestra boda me hizo saber que querías que yo fuera uno de los amigos que te ayudara a ser fiel. Y lo asumí como una gozosa responsabilidad.

Es triste ver que en nuestro mundo, tan enormemente competitivo y codicioso, hemos perdido la alegría de dar. A menudo vivimos como si nuestra felicidad dependiera de tener. Pero no conozco a nadie que sea realmente feliz por lo que tiene. El verdadero gozo, la felicidad y la paz interior proceden de darnos a los demás. Una vida

feliz es una vida entregada a los demás. Pero esa verdad es descubierta normalmente cuando nos enfrentamos con nuestra ruptura interior.

Reflexionando algo más sobre la manera en que nuestra amistad ha ido creciendo con los años, me doy cuenta de que hay un vínculo misterioso entre nuestra ruptura y nuestra habilidad para entregarnos mutuamente. Los dos hemos pasado por períodos de un dolor interior extremo. Y en esos momentos penosos, hemos sentido, a menudo, que nuestras vidas habían llegado a un total estancamiento, que no teníamos nada que ofrecer. Pero ahora, años después, esos períodos han sido los que nos han hecho posible luego dar más. Nuestra ruptura nos abrió a una manera más profunda de compartir nuestras vidas y de ofrecernos esperanza mutuamente. Lo mismo que el pan necesita ser partido para ser ofrecido, así pasa con nuestras vidas, lo que no quiere decir que debamos ser causas conscientes y positivas de dolor para los demás para poder ser mejores oferentes. Aunque un cristal roto puede brillar mucho, sólo un loco rompería un cristal para hacerle brillar. Como personas mortales, la ruptura es una realidad de nuestra existencia, y a medida que nos amparamos en ella y la situamos bajo la bendición, descubriremos lo mucho que tenemos que dar, mucho más de lo que nunca habríamos sido capaces de soñar.

¿No es una comida en común la expresión más hermosa de nuestro deseo de entregarnos mutuamente en nuestra ruptura? ¿No son la mesa, el alimento, las bebidas, las palabras, las pequeñas historias, los caminos más íntimos por los que no solamente expresamos nuestro deseo de entregarnos nuestras vidas, sino la realidad de que lo estamos ya haciendo? Me gusta mucho la expresión «partir el pan juntos» porque en ella el partir y el dar son claramente uno. Cuando comemos juntos, somos vulnerables el uno para el otro. Alrededor de una

mesa no podemos llevar armas de ninguna clase. Comer del mismo pan y beber de la misma copa nos exige vivir en la unidad y en la paz. Esto se hace muy patente cuando hay un conflicto de por medio. Entonces, comer y beber juntos puede convertirse en una realidad amenazante. La comida puede llegar a ser el momento más temido del día. Todos podemos recordar penosos silencios durante una cena. Contrastan totalmente con la intimidad de comer y beber juntos. El distanciamiento entre los que se sientan alrededor de la mesa puede resultar insoporrible. En cambio, una comida realmente gozosa y pacífica juntos es uno de los hechos más alegres de la vida.

¿No te parece que nuestro deseo de comer juntos es una expresión de nuestro deseo más profundo de alimentarnos el uno al otro? ¿No decimos a veces que fue una conversación muy sustanciosa, un tiempo tonificante? Creo que nuestro deseo humano más profundo es el de entregarnos, convirtiéndose esto en auténtica fuente de crecimiento físico, emocional y espiritual. ¿No es el de un niño mamando uno de los signos más conmovedores del amor humano? ¿No es «gustar» la mejor palabra para expresar la experiencia de la intimidad? ¿No experimentan los que se aman, en sus momentos de éxtasis, que su amor es el deseo de comerse y beberse el uno al otro? Como amados, nuestra mayor satisfacción reside en convertirnos en pan para el mundo. Ésta es la expresión más íntima de nuestro deseo más profundo de darnos mutuamente.

¿Cómo puede hacerse esto realidad? Si nuestra mayor plenitud procede de sentirnos ofrenda para los demás, ¿cómo vamos a poder vivir esta visión en la vida diaria que habla más de tener que de dar? Me gustaría sugerir dos directrices: darse en la vida y en la muerte.

En primer lugar, nuestra vida misma es el mayor don que podemos dar —algo que olvidamos constantemente. Cuando pensamos en nuestro darnos mutuamente, lo

que nos viene inmediatamente a la mente es la entrega de nuestros talentos únicos: nuestras capacidades para hacer ciertas cosas, y hacerlas extraordinariamente bien. Tú y yo hemos hablado a menudo de eso. «¿Cuál es nuestro talento único?», nos hemos preguntado. Pero, cuando nos centramos en nuestros talentos, tendemos a olvidar que nuestro don real no es tanto lo que podemos hacer, sino lo que somos. La verdadera pregunta no es «¿qué podemos ofrecernos mutuamente?», sino «¿qué podemos ser el uno para el otro?». Sin duda es una fuente de alegría el hecho de poder reparar algún desperfecto en la casa de un vecino, dar un buen consejo a un amigo, ofrecer una sabia orientación a un compañero de trabajo, curar a un paciente, o anunciar la buena nueva a un feligrés. Pero hay un don mayor que todos estos. Es el don de nuestra propia vida, que se hace visible por medio de lo que hacemos. A medida que crezco en años, descubro más y más que el mayor don que tengo que ofrecer es mi propio gozo de vivir, mi paz interior, mi propio silencio y soledad, mi propia experiencia de sentirme a gusto. Cuando me pregunto: «¿Quién es el que más me ayuda?» siempre llego a la misma conclusión: «Quien desea compartir su vida conmigo».

Es muy útil distinguir entre talentos —capacidad de hacer cosas— y dones. Los dones son más importantes que los talentos. Podemos disponer solamente de unos pocos talentos, pero tenemos muchos dones. Éstos son las múltiples maneras por las que expresamos nuestra humanidad, las vías o las formas de salir de nosotros hacia los demás. Son parte de lo que somos: la amistad, la bondad, la paciencia, el gozo, la paz, el perdón, la delicadeza, el amor, la esperanza, el sentido de confianza, y muchos más. Éstos son los verdaderos dones que tenemos que ofrecernos mutuamente.

He conocido de muchas formas y muy a menudo, sobre todo como fruto de mi propia experiencia personal,

el enorme poder curativo de estos dones. Pero desde mi llegada a una comunidad con personas disminuidas psíquicas he descubierto plenamente esta sencilla verdad. Pocas de estas personas, si es que hay alguna, tienen talentos de los que poder gloriarse. Pocos son los que tienen capacidad para contribuir en algo a la sociedad, y de esa forma ganar algún dinero, competir en el mercado abierto, o conseguir premios. ¡Pero qué espléndidos son sus dones! Bill, que sufrió mucho como consecuencia de unas relaciones familiares rotas, tiene un don para la amistad como muy pocas veces he visto. Hasta cuando me distraigo o me impaciento a causa de los agobios que me producen otras personas, él permanece siempre fiel, y continua ayudándome en todo lo que hago. Linda, que tiene una gran dificultad para hablar, posee un don único de acogida. Muchos de los que han estado en nuestra comunidad recuerdan a Linda como la persona que les hizo sentirse en su casa. Adam, que es incapaz de hablar, andar o comer sin alguien que le ayude, que necesita constantemente de alguien, tiene el gran don de llevar la paz a los que le cuidan y viven con él.

Cuanto más vivo en El Arca, más veo los verdaderos dones que en nosotros, aparentemente personas sin disminuciones, a menudo permanecen enterrados bajo nuestros talentos. La evidente ruptura de nuestros disminuidos psíquicos, les permite, de alguna forma misteriosa, ofrecer sus dones libremente, sin inhibición alguna.

Ahora sé, con más seguridad que nunca, que estamos llamados a dar nuestras vidas los unos por los otros. Y haciéndolo así es como nos convertimos en una auténtica comunidad de amor.

En segundo lugar, debemos darnos, no solamente en la vida, sino en la muerte. Como hijos amados de Dios, estamos llamados a hacer de nuestra muerte el mayor don. Es cierto que estamos rotos, y lo es también que

tenemos que darnos. Por eso, nuestra ruptura final, la muerte, debe tener el sentido del don final de nosotros mismos. No es tan fácil verlo así. La muerte se nos presenta como una enemiga de la que tenemos que huir mientras podamos hacerlo. No nos gusta hablar de la muerte ni pensar en ella. Pero si de algo estamos seguros es de que vamos a morir. Me asombra el esfuerzo que pone nuestra sociedad para prevenirnos contra la preparación a la muerte.

Para los hijos e hijas amados de Dios, morir es la puerta de la perfecta experiencia de sentirnos amados. Para los que saben que han sido elegidos, bendecidos y rotos, morir es el medio para convertirse en un puro don.

Pienso que tú y yo no hemos hablado a menudo de la muerte. Nos parece algo lejano, impreciso, como si su realidad afectara más a los demás que a nosotros mismos a pesar de que constantemente los medios de comunicación nos enfrentan con la trágica realidad de incontables personas que mueren, como consecuencia de la violencia, la guerra, el hambre y el abandono. Aunque oímos con regularidad que personas de nuestro propio entorno familiar, y del círculo de nuestros amigos han muerto, prestamos muy poca atención a nuestra progresiva aproximación a la muerte. En nuestra sociedad tenemos poco tiempo para lamentos cuando muere un amigo o un miembro de nuestra familia. Todo a nuestro alrededor nos anima a seguir adelante, como si nada hubiera pasado. Pero así nunca entramos en contacto con la realidad de nuestra muerte. Intentamos negarla el mayor tiempo posible. Y nos sentimos perplejos, intrigados, cuando nos damos cuenta de que no podemos escapar a ella.

Pero como amado, estoy llamado a confiar en que la vida es una preparación para la muerte como acto final de nuestra donación. No solamente estamos llamados a

vivir por los demás, sino también a morir por los demás. ¿Es esto posible?

Voy a hablarte de dos amigos muy queridos que han muerto durante los últimos meses: Murray McDonnell y Pauline Vanier. Los echo en falta. Sus muertes han sido una dolorosa pérdida. Siempre que pienso en ellos, siento el dolor desgarrador de que ya no están en sus casas con sus familias y amigos. No puedo ya llamarles, visitarlos, oír sus voces o ver sus caras. Siento un dolor enorme. Pero creo firmemente que sus muertes son, además de una pérdida, un don.

La muerte de los que amamos y de los que nos aman, nos ofrece la posibilidad de comuniones nuevas y más radicales. Nos convoca a una nueva intimidad, a un nuevo pertenecerse el uno al otro. Como el amor es más fuerte que la muerte, tiene el poder de profundizar y fortalecer los vínculos que ha hecho nacer entre los que se quieren. Sólo después de que Jesús dejó a sus discípulos, estos fueron capaces de captar lo que significaba para ellos. ¿No se repite esta misma historia con todos los que mueren en el amor?

Sólo después de nuestra muerte nuestros espíritus llegan a revelarse totalmente. Murray y Pauline, los dos fueron unas personas maravillosas. Pero como tales, sus capacidades de amar estaban limitadas por sus muchas necesidades y heridas. Ahora, después de su muerte, las necesidades y las heridas que tenían cautivos sus espíritus ya no les inhiben de podernos dar su ser entero. Ahora pueden regalarnos sus espíritus, y podemos vivir en una nueva comunión con ellos.

Nada de esto sucede sin preparación. Lo sé, porque he visto morir a personas en la angustia y en la amargura, y con un rechazo total de su condición de mortales. Sus muertes se han convertido en fuente de frustración, y hasta de culpabilidad, para los que quedaban detrás. Sus muertes nunca pudieron convertirse en

dones. Tenían poco que regalar. En ellos, el espíritu se había extinguido por el poder de las tinieblas.

Sí, existe una buena muerte. Somos responsables de la forma en que morimos. Tenemos que escoger entre apegarnos a la vida de tal forma que la muerte sea un fracaso, o dejar la vida en libertad, de tal manera que podamos ser entregados a los otros como fuente de esperanza. Es una elección crucial, y tenemos que trabajar para hacerla perfecta, todos los días de nuestra vida. La muerte no tiene por qué ser nuestro fracaso final, nuestra última derrota en la lucha por la vida, un hecho inevitable. Si nuestro deseo humano más profundo es darnos a los demás, entonces podemos hacer de nuestra muerte un don final. Es maravilloso pensar qué fructífera es la muerte cuando es un don libre.

Para Murray, que murió de repente de un fallo cardíaco, los últimos cinco años de su vida fueron una preparación para su muerte. Se había convertido en un ser cada vez más abierto a su esposa, Peggy, a sus nueve hijos y a sus familias, y a todos los que amaba. También tuvo el valor de hacer las paces con todos los que, de una manera u otra, se había enemistado. Su gran apertura hacia mí, su sincero interés por mi vida con los disminuidos psíquicos, y su apoyo generoso a mis escritos había establecido un fuerte vínculo entre nosotros. Me cuesta mucho pensar que ya no está aquí para mí. Pero su muerte, aunque haya sido un duro golpe, se convirtió en una celebración de amor. Cuando se reunió toda la familia de nuevo un año después de su muerte, todos tenían cosas bonitas que contar de cómo Murray les había dado el sentido de una nueva vida y una nueva esperanza a todos los que lloraron su partida.

Pauline Vanier tenía noventa y tres años cuando murió. Como esposa del un día gobernador general de Canadá, había vivido entre los grandes y poderosos de este mundo. Pero cuando, después de la muerte de su es-

posó, se reunió con su hijo Jean en su comunidad, formada por débiles y pobres, se convirtió en abuela, madre, amiga y confidente de muchos de ellos. Durante el año que viví en su casa, me ofreció mucho de su cariño y compartió conmigo mucha de su sabiduría. Venir a El Arca es un hecho que siempre estará conectado para mí con el de la persona de la amorosa «Mammie». Aunque la echo en falta, sé que los frutos de su vida se harán más y más evidentes en la mía y en la de todos los que estuvieron cercanos a ella. Y confío en que su espíritu, tan lleno de humor y de oración, continuará guiándonos. La vida del amado lleva frutos a muchas vidas. Tú y yo tenemos que confiar en que nuestras cortas vidas pueden llevar fruto mucho más allá de los límites de nuestras cronologías. Pero tenemos que ser muy conscientes de ello. Tenemos que confiar profundamente en que, tras rendir nuestro espíritu, él será fuente de gozo, paz y vida para los que se acuerden de nosotros. Francisco de Asís murió en 1226, pero ¡sigue tan vivo todavía! Su muerte fue un verdadero don, y hoy, casi ocho siglos después, sigue regalando vida y energía a sus hermanos y hermanas, dentro y fuera de la orden franciscana. Murió y no murió. Su vida continúa dando frutos en el mundo entero. Su espíritu sigue descendiendo sobre nosotros. Estoy convencido, más que nunca, de que la muerte puede ser considerada como el don final de nuestra vida.

A ti y a mí nos queda poco tiempo de vida. Los veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años que tenemos por delante, se nos irán rápidamente. Actuamos como si tuviéramos que vivir para siempre, y nos sorprendemos cuando vemos que no es así. Pero también podemos vivir con gozosa anticipación que nuestro mayor deseo de dar la vida por los demás puede llegar a su pleno cumplimiento por la forma en que escojamos morir. Si es una muerte en la que entreguemos nuestra vida en libertad, nosotros

y todos aquéllos a los que amamos descubrirán cuánto tenemos que dar.

Hemos sido elegidos, bendecidos y rotos para ser entregados, no sólo en la vida, sino también en la muerte. Como hijos amados de Dios, estamos llamados a convertirnos en pan los unos de los otros, en pan del mundo. Esta visión presta una nueva dimensión a la historia de Eliseo y la multiplicación de los panes. Eliseo dijo al criado que llegó con veinte panes de cebada y de grano nuevo: «Dáselos a los que nos acompañan para que coman». Cuando el criado protestó: «¿Cómo puedo dar esto a cien personas?», Eliseo insistió: «Dáselos». Él se los sirvió. Comieron y aún sobró.

¿No es ésta la verdadera historia de la vida espiritual? Podemos ser siervos pequeños, insignificantes a los ojos del mundo, movido solamente por criterios de eficacia, poder, éxito. Pero cuando nos damos cuenta de que Dios nos ha escogido desde toda la eternidad, que nos ha enviado al mundo como a bendecidos, que nos ha elegido para el sufrimiento, ¿no podemos confiar también en que nuestras pequeñas vidas se multiplicarán y serán capaces de llenar las necesidades de innumerables personas? Esto puede sonar a pomposidad y a orgullo. Pero es que la confianza en la capacidad personal de dar fruto brota de un espíritu humilde. Como el espíritu sencillo de Ana que exclamó, agradecida por la nueva vida nacida en ella: «Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador. Ha mirado a su humilde sierva, y ha hecho grandes cosas por mí. Y desde ahora me llamarán bendecida todas las generaciones». Los frutos de nuestra pequeña vida, una vez que la reconozcamos y la vivamos como la vida del amado, van mucho más allá de lo que podamos imaginarnos. Uno de los mayores actos de fe es creer que los pocos años que vivimos en esta tierra son como la pequeña semilla plantada en un suelo muy fértil. Pero para que esta semilla dé fruto, tiene que morir.

A menudo sentimos y vemos solamente el hecho de morir, pero la cosecha será abundante aunque no seamos nosotros los que la recojamos.

¿Qué diferente podría ser nuestra vida si confiáramos de verdad en que se multiplicará cuando la entreguemos! ¿Qué distinta sería si fuéramos capaces de creer que todo pequeño acto de fe, todo gesto de amor, toda palabra de perdón, toda pequeña muestra de gozo y de paz se multiplicarán. Y lo harán mientras haya personas para recibirlos. ¡Y todo eso no será más que las sobras!

Imaginate a ti mismo profundamente convencido de que tu amor por Robin, tu bondad para con tus amigos, y tu generosidad para con los pobres, son las pequeñas semillas de mostaza que se convertirán en grandes árboles en los que vendrán a anidar muchos pájaros. Imaginate que en lo profundo de tu corazón confías en que tus sonrisas y apretones de manos, tus abrazos y tus besos, son solamente los signos terrenos de una comunidad universal de amor y de paz. Imaginate que tu confianza en que todos los pequeños gestos de amor que haces se van a extender en círculos siempre nuevos y más amplios, con un efecto parecido al que produce una pequeña piedra arrojada a un estanque tranquilo. ¿Puedes estar deprimido, enfadado, resentido o pensando en la venganza? ¿Puedes jamás odiar, destruir o matar? ¿Puedes nunca desesperar sobre el sentido de tu corta existencia?

Los dos podríamos saltar de gozo si conociéramos de verdad que nosotros, personas sin importancia, hemos sido elegidos, bendecidos y rotos para convertirnos en pan que se multiplicará en don inagotable. Ni tú ni yo temeríamos ya a la muerte, sino que nos volveríamos hacia ella como a la culminación de nuestro deseo de ser un don para los demás. El hecho de que nos encontremos tan lejos de este estado de mente y de corazón nos muestra solamente que somos unos meros iniciados en

la vida espiritual, y que no hemos alcanzado totalmente la plenitud de la verdad de nuestra llamada. Pero agradezcamos cada pequeño vislumbre de la verdad, y confiemos en que siempre habrá algo más que ver, siempre.

Dentro de unos pocos años, los dos seremos enterrados o quemados. Probablemente, las casas en las que ahora vivimos seguirán en pie, pero será otro quien vivirá en ellas. Y en la mayoría de los casos sabrá bien poco sobre nosotros. Pero creo, y espero que tú también, que nuestro viaje en este mundo, breve, fácilmente olvidado, continuará dando vida a las personas a través de todos los tiempos y lugares. El espíritu de amor, una vez libre de nuestros cuerpos mortales, volará hacia donde quiera, incluso aunque haya pocos que escuchen su ir y venir.

VIVIR COMO EL AMADO

Como elegidos, bendecidos, rotos y entregados, estamos llamados a vivir nuestras vidas con un profundo gozo y paz interiores. Es la vida del amado, vivida en un mundo que está constantemente intentando convencernos de que a nosotros nos toca probar que hemos sido dignos de ser amados.

Pero la moneda de todo lo que hemos dicho tiene también otra cara. ¿Qué hacemos con nuestro deseo de hacer una carrera, nuestra esperanza de éxito y fama, y nuestro sueño de hacernos un nombre? ¿Se oponen estas aspiraciones a nuestra vida espiritual?

Algunas personas pueden responder afirmativamente a esta última pregunta y aconsejarte dejar el loco currir de la gran ciudad y buscar un lugar donde puedas perseguir la plenitud de la vida espiritual sin obstáculo alguno. Pero pienso que no es ese tu camino. No creo que tu lugar esté en un monasterio, en una comunidad como El Arca, o en la soledad del campo. Yo diría, incluso, que la ciudad, con sus retos, no es un lugar tan malo para ti y para tus amigos. Se dan en ella un estímulo constante, unas realidades apasionantes, movimiento y cantidad de cosas que ver, oír, gustar y gozar. El mundo tiene mucho que ofrecerte —lo mismo que Egipto para los hijos de Israel—, mientras no te sientas esclavo de él. La gran lucha a la que te enfrentas no es la de dejar el

mundo, rechazar tus ambiciones y aspiraciones, o despreciar el dinero, el prestigio, o el éxito, sino conseguir tu autenticidad espiritual, y vivir en el mundo como alguien que no pertenece a él. Es apasionante ganar una competición, encontrar a gente influyente, es inspirador escuchar un concierto en el Lincoln Center, ver una película o visitar una nueva exposición en el Metropolitan. ¿Y qué hay de malo en hacer nuevos amigos, en una buena comida, en unos buenos trajes?

Creo profundamente que todas las cosas buenas que nuestro mundo nos ofrece están a tu disposición para que goces de ellas. Pero solamente puedes gozarlas de verdad si eres capaz de conocerlas como afirmaciones de la verdad de que eres el amado de Dios. Esta verdad te hará libre para recibir la belleza de la naturaleza y de la cultura con gratitud, como un signo de tu condición de amado. Esta verdad te permitirá gozar de los dones que recibes de tu sociedad y celebrar tu vida. Pero esta verdad también te permitirá alejarte de lo que te distraiga, te confunda y ponga en peligro la vida del Espíritu dentro de ti.

Piensa en ti mismo como alguien que ha sido enviado a este mundo, una manera de verte a ti mismo que es posible si crees verdaderamente que has sido amado antes de que el mundo empezara, una visión de ti mismo que te llama al gran salto hacia delante en la fe. Mientras vivas en este mundo, cediendo a sus enormes presiones de probarte a ti mismo y a los demás que eres alguien, sabiendo, además, de antemano, que perderás al final, difícilmente tu vida puede ser algo más que una larga lucha por la supervivencia. Pero si realmente quieres vivir en el mundo, no puedes mirarlo como fuente de esa vida. El mundo y sus estrategias pueden ayudarte a sobrevivir durante largo tiempo, pero no pueden ayudarte a vivir, porque el mundo no es fuente ni siquiera de su propia vida, y mucho menos aún, de la tuya.

Espiritualmente no perteneces al mundo. Y esto es precisamente por lo que has sido enviado al mundo. Tu familia y tus amigos, tus compañeros de trabajo, tus competidores, todas las personas que puedas encontrar en tu camino a través de la vida, todos están buscando algo más que la supervivencia. Tu presencia entre ellos como uno que ha sido enviado les permitirá captar un destello de la vida real.

Todo cambia radicalmente desde el momento en que te reconoces a ti mismo como siendo enviado a este mundo. Tiempos y espacios, personas y acontecimientos, arte y literatura, historia y ciencia, todo eso deja de ser opaco, y se convierte en transparente, apuntando a algo más allá de su ser, al lugar del que vienes y al que volverás. Me es muy difícil explicarte este cambio radical, porque es un cambio que no puede describirse en términos ordinarios. Tampoco puede ser enseñado o practicado como una nueva materia de autoconocimiento. El cambio del que te hablo es pasar de vivir la vida como prueba penosa para probar que mereces ser amado, a vivirla como un incesante sí a la verdad de que eres amado. En una palabra, la vida es una oportunidad dada por Dios para llegar a ser lo que somos, para afirmarnos en nuestra verdadera naturaleza espiritual, para alcanzar nuestra verdad, para asumir e integrar la realidad de nuestro ser. Pero, sobre todo, para decir sí al que nos llama el amado.

El misterio insondable de Dios es que Él es el amor que quiere ser amado. El que nos creó está esperando nuestra respuesta al amor que nos dio el ser. Dios no sólo dice: «Tú eres mi amado». También nos pregunta: «¿Me amas?». Y nos ofrece infinitas oportunidades de responderle que sí. Esto es la vida espiritual: la posibilidad de decir sí a nuestra verdad interior. La vida espiritual así entendida cambia radicalmente todo. Nacer y crecer, dejar el hogar y hacer una carrera, ser alabado y

rechazado, caminar y descansar, orar y jugar, enfermar y curar —hasta vivir y morir—, se han convertido en expresiones de esta divina pregunta: «¿Me amas?». Y en cada encrucijada de nuestro camino existe la posibilidad de decir sí o no.

Una vez que seas capaz de captar esta visión espiritual, verás cómo tantas disquisiciones que parecen haberse convertido en centrales en nuestra vida diaria pierden su sentido. Cuando la alegría y la pena son las dos oportunidades para decir sí a nuestra filiación divina, entonces tienen muchas más semejanzas que diferencias. Cuando tanto la experiencia de esperar un premio, como la de haber fallado en el momento en el que confiábamos ser considerados como los mejores, las dos nos ofrecen la oportunidad de alcanzar nuestra verdadera identidad de amados de Dios, hay entre ellas más semejanzas que diferencias. Cuando sentirnos solos o en nuestro hogar, los dos hechos significan una llamada a descubrir más plenamente quién es Dios y quiénes somos sus hijos, estos sentimientos están más unidos que diferenciados. Cuando, finalmente, las dos realidades de la vida y de la muerte nos llevan a estar más cerca de la realización completa de nuestra espiritualidad personal, no son los grandes opuestos, como el mundo nos los presenta. Son, por el contrario, los dos lados del mismo misterio del amor de Dios. Vivir la vida espiritual significa vivir la vida como una realidad unificada. Las fuerzas de las tinieblas son fuerzas que separan, dividen y enfrentan. Las fuerzas de la luz unen. Literalmente, la palabra «diabólico» significa «el que divide». El demonio divide. El Espíritu une.

La vida espiritual tiende a eliminar las innumerables divisiones que saturan nuestra vida diaria y son causa de destrucción y de violencia. Estas divisiones son tanto interiores como exteriores. Divisiones entre nuestras más íntimas emociones, y divisiones entre los grupos más

normales de nuestra sociedad. La división entre la alegría y la tristeza dentro de mí, o la división entre las razas, religiones y culturas a mi alrededor, todas ellas se alimentan de las fuerzas diabólicas de la oscuridad. El espíritu de Dios, el que nos llama los amados, es el Espíritu que une y nos hace un todo. No hay una manera más clara de conocer la presencia del Espíritu de Dios que identificar los momentos de unificación, curación, restauración y reconciliación. Donde trabaja el Espíritu, se desvanecen las divisiones y se manifiestan la unidad interior y exterior.

Cuando la totalidad de nuestras vidas diarias es vivida «desde arriba», es decir, como una vida de amado enviado al mundo, entonces a quienes nos encontremos y lo que nos suceda, se convierten en oportunidad única para optar por una vida que no puede ser vencida por la muerte. De este modo los dos, el gozo y el sufrimiento, se convierten en parte del camino de nuestra plenitud espiritual. He encontrado esta visión expresada de una forma conmovedora por el novelista Julien Green en una carta a su amigo, el filósofo francés Jacques Maritain. Le dice lo siguiente: «... cuando piensas en la experiencia mística de muchos santos, te puedes preguntar si el gozo y el sufrimiento no son aspectos del mismo fenómeno en un nivel muy alto. Una analogía, seguramente un poco absurda, me viene a la mente: el frío extremo quema. Parece casi cierto. No, es cierto que solamente podemos ir a Dios a través del sufrimiento, y que este sufrimiento se convierte en gozo porque al fin los dos son la misma cosa». ((Julien Green-Jacques Maritain, *Une grande amitié: Correspondance 1926-1972*, París: Gallimard, 1982, pág. 282).

¿Qué vamos a conseguir después de nuestra vida aquí, en este mundo? Volver al sitio de donde venimos, al sitio de Dios. Hemos sido enviados a este mundo por un corto tiempo para decir —a través de los gozos y pe-

nas del tiempo de nuestro reloj temporal—, el gran sí al amor que se nos ha dado, y, al hacerlo, volver al Uno que nos envió con este sí grabado en nuestros corazones. Así, nuestra muerte se convierte en un momento de la vuelta. Pero nuestra muerte puede llegar a convertirse en eso, sólo si toda nuestra vida ha sido un camino de vuelta al Uno de donde venimos y que nos llama los amados. ¡Hay tanta confusión sobre la idea de la vida de después, sobre la vida eterna! Personalmente pienso profundamente en la vida eterna. Pero no simplemente como una vida después de nuestra muerte física. Sólo cuando hemos reclamado para nosotros la vida del Espíritu de Dios en muchos momentos de nuestra vida cronológica, sólo entonces podemos esperar que la muerte sea la puerta de una plenitud de vida. La vida eterna no es una gran sorpresa que viene sin anunciarse al final de nuestra existencia en el tiempo. Es, más bien, la plena revelación de lo que hemos sido y de lo que hemos vivido a lo largo de esta vida. El evangelista Juan expresa esto sucintamente cuando dice: «Amados míos, lo que vamos a ser en el futuro no ha sido todavía escrito; todo lo que sabemos es que cuando sea realizado, seremos como Él, porque le veremos como es realmente».

Con esta visión, la muerte ya no es la última derrota. Al contrario, se convierte en el sí final, y en la gran vuelta al sitio en el que nos hacemos más plenamente hijos de Dios. Pienso que no hay muchas personas que miren a la muerte de esta manera. En vez de verla como un momento de plenitud, la temen como una gran derrota que hay que evitar el mayor tiempo posible. Todo lo que nuestra sociedad nos dice sugiere que la muerte es el gran enemigo que al final se va a llevar lo mejor de nosotros contra nuestra voluntad y deseo. Mi visión personal, y espero que también la tuya, son radicalmente diferentes. Aunque a menudo caigo en los miedos y preocupaciones del mundo que me rodea, sigo creyendo

profundamente que nuestros pocos años en esta tierra son parte de un hecho más importante, que se prolonga mucho más allá de los límites de nuestro nacimiento o de nuestra muerte. Pienso en ello como en una misión en el tiempo, gozosa y excitante, sobre todo porque el Uno que me envió a la misión está esperando mi vuelta a casa, y que le cuente lo que he aprendido.

¿Tengo miedo a morir? Estoy continuamente seducido por el ruido de las voces de mi mundo que me dicen que mi pequeña vida es todo lo que tengo, y me aconsejan que me agarre a ella con toda el alma. Pero cuando consigo que estas voces se enfrenten con la realidad última y profunda de mi vida, y oigo allí la voz suave que me llama el amado, sé que no tengo nada que temer, y que morir es el gran acto del amor, el acto que me lleva al abrazo eterno de mi Dios, cuyo amor durará para siempre.

EPÍLOGO

Profundización de una amistad

Después de haber terminado *Tú eres mi amado*, se la envié a Fred, preguntándome con ansiedad si había sido capaz de responder a su petición: «Di algo acerca del Espíritu, algo que seamos capaces de oír mis amigos seculares y yo». Intenté hablar de mi corazón al suyo, de mi más íntima experiencia personal a la suya, de mi ser al suyo. Tenía verdadera curiosidad por conocer si había acertado.

Poco después de la recepción de mi texto, Fred me llamó, y se ofreció a venir a Toronto para pasar unos cuantos días en la comunidad, y hablar sobre la obra. Cuando llegó, nos dimos cuenta de que la pasada década nos había acercado muchísimo el uno al otro. Había un abismo en este sentido entre nuestro primer encuentro y el actual. Yo había encontrado un auténtico hogar en El Arca, y Fred era feliz en su matrimonio, esperaba su primer hijo, y estaba satisfecho con su trabajo. Había publicado dos libros para jóvenes, uno sobre La Guerra del Golfo, y otro sobre la pérdida de un padre. Y estaba preparando otro, en el que líderes y expertos en campos tan diferentes como la política, las artes, la literatura y los deportes recomendaban los mejores libros. ¡Incluso dedicaba sus horas tempranas de la mañana a

escribir una novela! El sueño de llegar a ser escritor se había convertido, de hecho, en una realidad, aunque de una forma diferente a la que él había pensado.

Ambos hemos crecido mucho. Hemos conseguido ser menos inseguros y estar más enraizados. Pero los dos nos hemos hecho más conscientes de la distancia que aún media entre nosotros. Durante nuestras largas conversaciones acerca del texto de este libro, se hizo cada vez más claro que, aunque Fred tenía muchas cosas buenas que decirme sobre mis palabras dirigidas a él, en el fondo, yo no había sido capaz de decirle lo que esperaba. Había enseñado el manuscrito a dos de sus amigos, y tampoco ninguno de los ellos se había sentido profundamente interesado. A medida que hablábamos, me convenció de que este libro no era radicalmente distinto de los que había escrito previamente, como yo pensaba. A Fred le había encantado desde el principio mi escrito, pero no como algo que pudiera serle de ayuda en sus necesidades. Él pensaba que estaba escrito para un convertido, y no específicamente para seglares. Creía que mi libro no era diferente de otros muchos en ese sentido.

Me desilusionó que el vacío entre nosotros, en el terreno espiritual, fuera mucho mayor de lo que había pensado. Había confiado mucho en que, después de nuestros muchos años de amistad, iba a ser capaz de encontrar las palabras que llenaran ese vacío, de hablar a Fred y a sus amigos de una manera que se produjera en ellos un auténtico deseo de desarrollar una vida en el Espíritu.

¿Por qué no había sido capaz de responder a las preocupaciones más básicas de Fred y de sus amigos? Fred fue muy suave en su crítica, muy consciente de mi sensibilidad, pero, al mismo tiempo, muy claro. «Aunque es evidente que tratas de escribir para mí y para mis amigos desde tu ser más íntimo, y aunque intentas explicar-

nos lo que para ti es lo más valioso, no te das cuenta de lo lejos que estamos nosotros de tu propio emplazamiento espiritual. Hablas desde el contexto de una cultura y de una tradición que nos son extrañas, y tus palabras se basan en muchas presuposiciones que no compartimos contigo. No te das cuenta de hasta qué punto estamos secularizados. Hay muchas, muchas preguntas que deben ser respondidas antes de que seamos capaces de estar completamente abiertos a lo que dices sobre la vida del amado».

No fue fácil escuchar esta crítica, pero quise oírla abierto, no a la defensiva, para descubrir en mi corazón hasta qué punto la crítica me concernía. Mi intento había sido ser un «testigo del amor de Dios» en medio de un mundo secularizado. Pero mis palabras parecían indicar que me había sentido demasiado entusiasmado con el arte de pescar y me había olvidado de que mis lectores nunca habían visto un lago, ni el mar, y no digamos un barco.

Fred intentó explicarme el problema. «Mucho antes de empezar a hablar sobre el hecho de ser amado y de convertirse en el amado, tienes que responder a unas cuantas preguntas absolutamente fundamentales, como: ¿Quién es Dios? ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo puedo dar un sentido a mi vida? ¿Cómo puedo llegar a tener fe? Mientras no nos ayudes a responder a estas preguntas, tus bellas consideraciones sobre el ser y el convertirse en el amado, para nosotros son como un sueño».

Fred me dijo muchas otras cosas, pero la indicación fundamental que me hizo fue la de que no había entrado de verdad en su mundo secular. Siendo honrado conmigo mismo, desde mis experiencias con mis sobrinos y sobrinas en Holanda, con mis amigos, con hombres de negocios en Canadá y en Estados Unidos, y con los muchos que me escriben desde todos los rincones del mun-

do, tengo que confesar que la crítica de Fred sería corroborada por muchos de ellos. El problema ya no es cómo expresar el misterio de Dios a unas personas que no están acostumbradas al lenguaje tradicional de la Iglesia o de la Sinagoga. El problema está en ver si hay algo en nuestro mundo que pueda llamarse sagrado. ¿Hay, entre las cosas que hacemos, las personas a las que conocemos, los sucesos que leemos en los periódicos o vemos en la televisión, alguien o algo que trascienda lo que aparece en la superficie de todo ello y llegue a la cualidad de lo sagrado, lo santo, lo digno de adoración y culto?

Fred casi quería decir esto mismo, cuando hablaba sobre la desaparición de lo sagrado de nuestro mundo, de que la imaginación humana se ha empobrecido, y de que hay muchas personas con sentido de pérdida, de vacío. Pero, ¿cómo y dónde podemos redescubrir lo sagrado y darle el lugar central en nuestras vidas? Ahora soy perfectamente consciente de que, en este libro, no he respondido adecuadamente a su pregunta.

¿Podría haberlo hecho? ¿Debería haberlo hecho? Fred y yo pasamos unos pocos días juntos en la comunidad de Daybreak. A medida que visitábamos los diferentes hogares donde los disminuidos psíquicos y sus asistentes sociales compartían sus vidas, me di cuenta cada vez más de que puedo hablar y escribir solamente sobre ideas y puntos de vista que están ancladas en mis experiencias diarias. Y estas experiencias están absolutamente embebidas de la presencia de Dios. ¿Sería capaz de separarme de esta realidad centrada en Dios y responder a los que dicen: ¿Necesitamos realmente un Dios para ser felices, para gozar de la vida, para llenar nuestros deseos más íntimos? ¿Necesitamos tener fe para llevar una vida creativa y decente?».

Siento profundamente enraizada en mí una resistencia a demostrar nada a nadie. No quiero decir: «Te demos-

traré que necesitas de Dios para llevar una vida plena». Sólo digo: «Para mí, Dios es el Uno que me llama el amado, y deseo expresar a los otros cómo intento convertirme más plenamente en lo que ya soy». Pero más allá de esto, me siento muy pobre y con muy poca fuerza.

Sin embargo, todo esto no quiere decir que la respuesta de Fred a este libro no haya significado para mí un tremendo reto: el de profundizar en mi solidaridad con el mundo secular. Aunque vivo en una comunidad cristiana, y me siento muy responsable de proteger y cultivar lo sagrado en nuestra vida común, estoy rodeado, dentro y fuera de los límites de mi comunidad, por el mundo secular. Más todavía: sé que cuanto más trato de orientar mi vida hacia lo sagrado, más veo que soy una persona secularizada. Las preguntas que hace Fred no me son ajenas. De hecho, cuanto más entro en diálogo íntimo con el mundo, más descubro mi propio secularismo, y puedo darme cuenta cada vez más de que Fred y sus amigos no están tan lejos de mí como yo pensaba.

Quizá el reto mayor es confiar tanto en el amor de Dios que no tenga que temer entrar de lleno en el mundo secularizado y hablarle sobre la fe, la esperanza, el amor. Quizá la distinción entre sagrado y secular pueda difuminarse hasta desaparecer cuando ambas realidades sean identificadas como aspectos de la experiencia de todo ser humano. Quizá no necesite convertirme en defensor de la existencia de Dios y del sentido religioso de la vida para responder a las críticas de Fred... De momento es lo único que se me ocurre.

Después de la visita a Daybreak, me quedé con la pregunta: ¿Qué hacer con este libro? ¿Olvidarlo, volver a escribirlo, publicarlo como está? Estuve confuso durante mucho tiempo.

Entonces, sucedió algo inesperado. Después de haberse lo enviado a Gordon Cosby y a Diana Chambers, de Servant Leadership School of the Church of the Sa-

vior, en Washington, D.C., recibí de ellos una respuesta entusiasmada. Me escribieron diciéndome que este texto les había ayudado más que los anteriores, e inspirado para ofrecer un nuevo curso sobre «Tú eres mi amado». También, a Bart Gavigan, de South Park Community, en Inglaterra, le pareció muy bien el texto. Gordon, Diana y Bart, los tres me instaron a que no cambiara mucho, sino a confiar en que lo que había escrito, llegaría a ser fructífero. «¿Y qué hago con las indicaciones de Fred?», pregunté. «Bueno», me respondieron, «es posible que no hayas sido capaz de escribir lo que Fred necesitaba oír. ¿No puedes sobrellevar el fracaso?».

Me veía abocado de lleno a la ironía con la que todo escritor se enfrenta en alguna ocasión. Había hecho un esfuerzo tan grande para escribir algo para los seculares. Pero no eran ellos los máximos beneficiarios del mismo, sino quienes, en Washington y en Londres, estaban intentando preparar líderes cristianos. Pero me di cuenta inmediatamente de que sin Fred nunca habría encontrado las palabras que tanto estaban ayudando a los creyentes. Para mí, hay algo más que una ironía en todo esto. Es el misterio de Dios sirviéndose de sus amigos seculares para formar a sus discípulos.

Fue esta comprobación la que finalmente me hizo decidirme a no escribir un nuevo libro, sino a confiar en que debía publicar lo que ya había escrito. Lo que alguien eche de menos aquí, quizá algún día encuentre su auténtica forma de expresión.

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Prólogo: El inicio de una amistad	7
«Tú eres mi amado»	19
Cómo convertirse en el amado	27
I. Cogidos	33
II. Bendecidos	43
III. Rotos	55
IV. Entregados	69
Vivir como el amado	83
Epílogo: Profundización de una amistad	91